



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

En efecto, Ahmet no vió nada sospechoso. La pradera, á la que cerraban por el oeste algunas colinas largamente onduladas, estaban absolutamente desiertas. Á su caída, la noche estaba tranquila y la luna, que debía levantarse hácia las once, iba á llenarla bien pronto de suficiente claridad. Algunas estrellas brillaban entre altas nubes, inmóviles y como adormecidas en las altas zonas del cielo. Ni un soplo de aire atravesaba la atmósfera, ningun ruido se dejaba oír á través del espacio.

Ahmet observó con la más extrema atención el horizonte en todo su perimetro. ¿Aparecería aquella misma noche alguna luz en la cresta de las cercanas colinas? ¿Harían alguna señal que más tarde vería el guía?

No se mostró ninguna luz por los confines de la pradera. Ninguna señal se vió en lontananza por la llanura.

Ahmet recomendó á Nizib la mayor vigilancia. Le ordenó volverse sin perder un instante, para el caso en que se produjese alguna eventualidad ántes que los caballos pudiesen llevarse al campamento. Despues, aceleradamente, tomó el camino de las gargantas de Nerissa.

XII.

EN EL QUE SE CUENTAN ALGUNAS FRASES CAMBIADAS ENTRE LA NÓBLE SARABOÛL Y SU NUEVO FUTURO.

Cuando Ahmet se unió á sus compañeros, se habían tomado convenientemente las últimas disposiciones; primeramente para comer, y despues para dormir.

La alcoba, ó mejor dicho, el dormitorio comun, era la caverna, alta, espaciosa, con vueltas y recodos, en donde cada uno podria agazaparse á medida

de sus deseos. El comedor era la parte llana del campamento, sobre la que rocas derrumbadas y fragmentos de piedras podrian servir de asientos y de mesas.

Se habian sacado algunas provisiones de la carreta tirada por el asno— al que se contaba en el número de

los convidados, siendo invitado especialmente por su amigo el señor Keraban. Un poco de forraje, del que se habia hecho una buena recoleccion, le aseguraba una suficiente parte del festin, y rebuznaba de satisfaccion.

— Comamos — exclamó Keraban alegremente, —



Era un desfiladero bastante estrecho.

comamos, amigos míos; comamos y bebamos á nuestro gusto. Así será ménos lo que tenga que llevar á Scutari ese bravo asno.

Es inútil decir que, para aquella comida al aire libre, en medio de aquel campamento iluminado por algunas resinosas antorchas, cada uno se habia colocado á su gusto. En medio el señor Keraban dominaba sobre una roca, verdadera butaca de honor de aquella reunion epuratoria. Amasia y Nedjeb, una cerca de la otra, como dos amigas, no habia ni ama ni esclava, sentadas sobre las más modestas piedras, habian reservado un sitio á Ahmet, que no tardó en reunirseles.

En cuanto al señor Van Mitten, estaba rodeado á

la derecha por el inevitable Yanar y á la izquierda por la inseparable Saraboul.

Bruno, más delgado que nunca, gruñendo y gimoteando, iba y venía para las necesidades del servicio.

No solamente el señor Keraban estaba de buen humor, como al que todo le sale bien, sino que, siguiendo su costumbre, su gozo se desahogaba en alegres frases. Dirigidas en primer lugar á su amigo Van Mitten. ¡Si! aquella aventura matrimonial acaecida á aquel pobre hombre (sacrificado por él y sus compañeros), no cesaba de excitar su picante número. Al cabo de doce horas aquella historia se finalizaria, y Van Mitten no oiria hablar más ni del her-

mano ni de la hermana kurdos! Fundado en esos razonamientos Keraban no creía tener que guardar miramientos con su compañero de viaje.

— Van Mitten, esto va bien, ¿no es verdad?— dijo frotándose las manos.— Os encontráis en el colmo de vuestros deseos!..... ¡ Os cortejan buenos ami-

gos!.... ¡ Una mujer amable, que felizmente habeis encontrado en vuestro camino, os acompaña!.... ¡ Allah no podría hacer más por vos, aún cuando fueseis uno de sus más fieles creyentes!

El holandés miró á su amigo moviendo algo los labios, pero sin responder.



Cada uno se había colocado á su gusto.

— ¿ Os calláis?— dijo Yanar.

— ¡ No!.... Hablo.... hablo interiormente!

— ¿ A quién?— preguntó imperiosamente la noble kurda que le cogió vivamente del brazo.

— A vos, querida Saraboul!.... á vos!....— respondió sin convicción el aturdido Van Mitten.

Después, levantándose, dijo:

— ¡ Uf!

El señor Yanar y su hermana, levantándose al mismo tiempo, le seguían en todas sus idas y venidas.

— Si queréis— repuso Saraboul— con ese dulce tono que no permite la menor contradicción— si queréis no pasaremos más que algunas horas en Scutari?

— ¿ Si quiero?...

— ¿ No sois mi dueño, señor Van Mitten?— añadió la insinuante Saraboul.

— Si— murmuró Bruno— es su dueño!.... como es el dueño de un dogo que puede á cada momento saltar á la garganta!

— Felizmente— se decía Van Mitten— mañana!.... en Scutari!.... separación y abandono!.... ¡ Qué escena en perspectiva!

Amasia le miraba con un verdadero sentimiento de conmiseración, y, no osando quejarse en alta voz, se desahogaba algunas veces con su fiel sirviente.

— ¡ Pobre señor Van Mitten!— repetía á Bruno.— Hé ahí á dónde le ha conducido su sacrificio por nosotros.

—Y su simpleza hacía al señor Keraban—respondía Bruno—que no podía perdonar á su amo una condescendencia que pujaba ya en grados de debilidad.

—¡Eh—dijo Nedjeh—eso, por lo ménos, prueba que el señor Van Mitten tiene un corazón bueno y generoso!

—Demasiado generoso—replicó Bruno.—Además, desde que mi amo ha consentido en seguir al señor Keraban en semejante viaje, no he cesado de repetirle que le sucedería alguna desgracia, tarde ó temprano! ; Pero semejante desgracia! ; Llegar á ser novio, áun no siéndolo más que por algunos días, de esa endiablada kurdá! ; Jamás he podido imaginarme eso... no, jamás! ; La primera señora Van Mitten era una paloma en comparación con la segunda!

Sin embargo, el holandés se había colocado en otro sitio, siempre rodeado de sus dos guardias de corps, cuando Bruno vino á ofrecerle algun alimento; pero Van Mitten no tenía apetito.

—¿No coméis, señor Van Mitten?—le dijo Saraboul—que le miraba fijamente.

—No tengo apetito!

—Verdaderamente, no tenéis apetito—replicó el señor Yanar.—En Kurdistan siempre se tiene apetito... áun despues de la comida.

—¡Ah! ¿en el Kurdistan?...—respondió Van Mitten tragándose los pedazos dobles (por obediencia).

—¡Bebed!—añadió la noble Saraboul.

—¡Ya, bebo... bebo vuestras palabras!

Y no osó añadir:

—¡Solamente, que no sé si sera bueno para el estómago!

—Bebed, puesto que es lo dice—repuso el señor Yanar.

—¡No tengo sed!

—¡En Kurdistan se tienen siempre sed... áun despues de la comida.

Durante aquel tiempo, Ahmet, siempre alerta, observaba atentamente al guía.

Aquel hombre, sentado separadamente, tomaba su parte de comida, pero no podía disimular algunos movimientos de impaciencia. Por lo ménos, Ahmet creyó observarlos, ¿Y cómo hubiese podido ser otra cosa? ¡A sus ojos aquel hombre era un traidor! El debía desear que todos sus compañeros y él habiesen buscado un refugio en la caverna, en donde el sueño les entregaría sin defensa á alguna convenida agresión. Tal vez el guía hubiera querido alejarse para alguna secreta maquinación; pero no lo osaba en presencia de Ahmet, cuyas desconfianzas conocía.

—Vamos, amigos míos—exclamó Keraban—hé aquí una buena comida para ser al aire libre. ; Habrémos reparado bien nuestras fuerzas ántes de nuestra última etapa! ¿No es verdad, pequeña Amasia?

—Sí, señor Keraban—respondió la jóven.—Por una parte, soy fuerte, y si fuese necesario volver á comenzar el viaje?...

—¿Lo recomenzarías?

—Por seguirus.

—Sobre todo despues de haber hecho cierta descanso en Scutari—exclamó Keraban riéndose:—una

parada como la de nuestro amigo Van Mitten en Trebisonda.

—Y se burla todavía—murmuraba Van Mitten.

Rabiaba interiormente, pero no se atrevia á responder en presencia de la nerviosa Saraboul.

—¡Ah!—repuso Keraban—el matrimonio de Ahmet y de Amasia no será, tal vez, tan bello como los desposorios de nuestro amigo Van Mitten y la noble Saraboul. Sin duda no podré ofrecerles una fiesta en el paraíso de Mahoma, pero harémos bien las cosas, contad conmigo. Quiero que todo Scutari esté convidado á la boda, y que nuestros amigos de Constantinopla llenen los jardines de la posesion.

—No es necesario tanto—respondió la jóven.

—Si... si... querida señorita!—exclamó Nedjeh.

—Y si yo lo quiero... si yo lo quiero...—añadió el señor Keraban. ¿Es que mi pequeña Amasia pretendería contradecirme?

—¡Oh, señor Keraban!

—Pues bien—repuso el tío levantando su vaso—á la felicidad de estos jóvenes que merecen tanto el ser felices.

—¡Al señor Ahmet!... ; Á la jóven Amasia!...—repitieron á una voz todos aquellos alegres convidados.

—Y á la union—añadió Keraban—si... á la union del Kurdistan y Holanda.

Á aquel brindis llevado á cabo con alegre voz, delante de todas aquellas manos extendidas hacía él, el señor Van Mitten, de bueno á mal grado, tuvo que inclinarse en manera de agradecimiento y beber á su propia felicidad.

Aquella comida tan rudimentaria, pero alegremente acogida, terminó. Algunas horas de descanso todavía, y podria terminarse aquel viaje sin muchas fatigas.

—Vamos á dormir hasta el alba—dijo Keraban.—Cuando sea la hora, nuestro guía se encargará de despertarnos.

—Está bien, señor Keraban—respondió aquel hombre;—¿pero no sería mejor que reemplazáre á vuestro criado Nizib que está al cuidado de los animales?

—No, quedaos aquí—dijo vivamente Ahmet.—Nizib está bien en donde está, y prefiero que os quedeis aquí... Velarémos juntos.

—¿Velar?...—repuso el guía disimulando mal la contrariedad que experimentaba.—No hay el menor peligro que temer en esta extrema region de la Anatolia.

—Es posible—respondió Ahmet;—pero un exceso de prudencia no pueda causar ningun perjuicio... Me encargo de reemplazar á Nizib en la guardia de los caballos. Por lo tanto, quedaos.

—Como gustéis, señor Ahmet—respondió el guía.—Dispongamos todo en la caverna para que vuestros compañeros puedan dormir bien.

(Se continuará.)

EL SECRETO DEL ORO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

LUIS BOUSSENARD.

Descubrí un arroyuelo, y tuve la fortuna de volver á balker el paso de los que primero había visto. No era posible dudar. Comporian un grupo de nueve, incluso las mujeres. No sé por qué palpité mi corazón con violencia. Aquellas pisadas me recordaban las de Santiago, el Aramichau á quien salvamos. Al ver aquella jóven que lloraba, el acto de brutalidad del anciano que parecía ser jefe, y al notar la ausencia de Santiago, tuve el presentimiento de que algún drama lúgubre debió desarrollarse cerca de nosotros y no mucho tiempo ántes. Establecido el primer punto y examinadas las huellas, inspeccioné minuciosamente el suelo, y pude reconocer con facilidad la procedencia de las otras. Era indudable que pertenecían á Emerillones, pues casi todas presentaban esa curvatura característica del dedo pulgar inclinado hácia adentro; cinco ó seis indios de la segunda tropa estaban privados del dedo pequeño del pié izquierdo, y deduje que eran Thios, según lo que Casimiro me ha dicho acerca de sus costumbres.

— Y estos últimos, ¿eran muy numerosos?

— De veinte á veinticinco, sin contar los blancos.

— Eso es más serio — dijo el proscrito pensativo. — Pero, continúa tu relato. No será demasiado largo ni prolijo, y veo con placer que has obrado con tu inteligencia habitual, sin omitir particularidad alguna, aunque á primera vista pareciese poco importante.

El jóven cazador, enorgullecido con aquel elogio, siguió diciendo:

— Todas las huellas se reunían en el mismo punto, con la diferencia de que las de los Aramichaux se separaban de él, y las de los Thios y Emerillones convergían allí. A pesar de mis tenaces investigaciones, no pude descubrir de dónde partían las primeras ni dónde se perdían las otras, pues parecía como si la montaña se hubiese entrecubierto, volviendo á cerrarse para ocultarme la clave del enigma. Sin embargo, no fueron inútiles mis pesquisas. Varias veces había observado en las blanquecinas p'ecas de cuarzo algunas rayas de brillo metálico, que parecían resultar del frotamiento del hierro contra la roca. No podía ser ni la punta de una flecha ni la hoja de un machete. Más bien parecía el resbalon producido por

un cuerpo redonda del grueso de una posta. Un poco más léjos vi cuatro en línea horizontal y colocadas á medio centímetro unas de otras. a; Son tachuelas! dije de pronto. No me había equivocado. Diez metros más allá, el hombre había dado un paso en falso, arrojándose una tachuela, cuya cabeza encontré incrustada en una roca. La he traído, está en mi morral y luego te la enseñaré. Tenía, pues, la seguridad de que había un blanco entre los indios.

— Tienes razón, hijo mio. Ningun indigena de Guayana, ni nadie entre los negros lleva calzado europeo. Pero, ¿y los otros blancos?

— Las pruebas son ménos evidentes, pero igualmente ciertas. He tenido que proceder por inducción. La tropa se ha detenido un poco ántes de llegar á la montaña, en un terreno ligeramente húmedo. Se ha celebrado consejo. Los cuatro blancos estaban en el centro. El hombre de los zapatos lleva una escopeta; he visto en la tierra blanda la impresion de la culata. En cuanto á sus tres compañeros, van descalzos como los indios.

— ¿Cómo has podido conocer su huella?

— Por que los pies-rojas, cuando descansan, se ponen en cuclillas y cargan el peso del cuerpo sobre los dedos de los piés, mientras que los blancos han permanecido derechos durante la conferencia, que ha durado cerca de un cuarto de hora, á juzgar por la profundidad de las huellas.

— Tu razonamiento me parece justo. Hay extranjeros que se hallan próximos á descubrir el secreto de nuestro retiro. En las actuales circunstancias, quien dice extranjeros, dice enemigo casi seguro. ¿No sigo siendo fugitivo? El momento de cumplir, como dicen allá, no ha llegado. Todavía soy buena presa.

Los ojos del jóven despidieron un relámpago.

Apretó la empuñadura de su machete con feroz energía, y añadió:

— ¡Apoderarse de tí, el valiente entre los valientes! No pienses en eso. Los Robinsones de la Guayana, mandados por su padre, pueden desafiar á un ejército. Lograrán destruir nuestros plantíos, derribar nuestras cabañas, saquear la rancharía, pero el bosque es nuestro. ¡Ah! ¡Que vengan! Que hagan un gesto, que pronuncien una palabra, que toquen un

solo cabello de tu cabeza. ¡Verás si los hijos del proscrito son dignos de su padre!

— ¡Hijo mío! ¿Deberíamos asociar á tu madre á esa vida de aventuras y de riesgos?

— Mi madre es la compañera del león. Conoce la fatiga y desprecia el peligro. Además, hace muchos años que estamos familiarizados con la idea de la posible violación de nuestro retiro.

— Bien mirado, la situación no es desesperada. Graves acontecimientos pueden haberse realizado en la colonia en el largo período de diez años sin comunicarnos con la vida civilizada. En aquella época no se hablaba todavía del descubrimiento del oro. ¿Quién sabe si los filones á los terrenos de aluvión se explotan en grande escala! ¿Quién sabe si los desconocidos son mineros que practican algún reconocimiento!

— ¿Acompañados por los indios? Es muy dudoso. En resumen, ¿qué vamos á hacer?

— Has obrado con mucha prudencia participándome ese incidente que creías deber ocultar á tu madre y á tus hermanas. Me parece, sin embargo, que sería conveniente referirlo cuanto antes. Nuestra determinación quedará adoptada después de maduras reflexiones y por mayoría de votos.

Los miembros de la colonia, preocupados con la entrada insolita de Enrique, empezaban á inquietarse al observar la duración de la conferencia con su padre.

En silencio glacial fué dada la declaración del último.

Nicolas, que generalmente dejaba á sus jóvenes amigos hablar antes que él y no daba su opinión sino después de haber oído la suya, rompió bruscamente el silencio.

Obedecía á una especie de impulso inconsciente que le obligaba á hablar á pesar suyo, como sucede con frecuencia cuando una idea desgarrada pronto las tinieblas del pensamiento y se impone como verdad indiscutible.

— Señor Robín, y tú, Enrique, habeis pensado en todo ménos en una cosa.

— ¿Cuál? — preguntaron á una voz el padre y el hijo.

— Esos cuatro blancos no pueden ser sino los de marras. Rechazados por nosotros en el río, han tomado otra ruta, agregándose á una tribu de indios, y no tardaremos en tenerlos á nuestra espalda. Una voz interior me lo está diciendo. Este pensamiento me taladra la cabeza desde que habeis empezado á hablar, y por más que trato de desecharlo no lo consigo. Creedme, no busqueis por otro lado, la verdad está aquí.

— Si, tienes razón, Nicolas; por inverosímil que parezca el hecho debemos admitirle sin discusión hasta no tener prueba en contrario.

— El demonio lleve á ese pijo de piel-roja con sus historias de secretos de oro y sus conferencias á la luz de la luna. Más le valiera haberse hecho siete nudos en la lengua antes de complicarnos en semejante aventura. ¡Ah, patron! Ha sido una desgracia que no hayais dejado á Enrique mechar con cuatro buenos flechas á esas aves de rapaña. No había que es-

perar nada de ellas despues de los martirios á que sometieron al pobre indio. Sin embargo, ¡qué alegría hubiéramos tenido volviendo á ver blancos, si fueran honrados buscadores de oro en lugar de ser la liez de los presidios.

Os lo repito, quisiera engañarme; pero atieno que esa vecindad implica para nosotros un gran peligro.

— Pero no podemos atacarles de buenas á primeras sin que haya provocación por su parte.

— ¿Y si caen sobre nosotros de improviso, saquean la ranchería y comprometen nuestras existencias? No ignorais que esos individuos tienen una manera especial de considerar las cosas y las personas.

— Es posible que su presencia en este sitio sea pasajera. Acaso se retiren en cuanto hayan realizado sus propósitos.

— Si así sucediera, sería para volver en mayor número, aumentando entónces la magnitud del peligro. Vuelvo á mi primitiva idea: ¡Psitt!... — hizo como si disparase una flecha — y despues nada.

— Sin estar conforme en todo contigo, ni querido Nicolas, creo que es preciso adoptar prontas y enérgicas medidas. Vamos á ponernos en campaña cuanto antes, á reconocer la posición de los extranjeris, y á tratar de saber cuáles son sus intenciones. La sorpresa es difícil, y sin embargo, espero llevarla á feliz término. Ya nos hemos encontrado en circunstancias no ménos peligrosas, y sin embargo, hemos triunfado de todos los obstáculos. Propongo lo siguiente: pasado mañana marcharemos Enrique, Edmundo, Eugenia y yo. Carlos y su madre permanecerán aquí con Nicolas y Cashmíro esperando nuestro regreso. *Cat* guardará tambien la casa.

— Pero si durante nuestra excursion — observó juiciosamente Enrique — llegase una parte de la tropa enemiga á reconocer la ranchería, ¿qué haríamos?

— He previsto tu objecion, hijo mío; en el acto vamos á construir una cabaña cerca del arroyo, en un sitio completamente desierto. Reunirémos gran cantidad de provisiones, herrarémos nuestras huellas, se instalará allí el cuerpo de reserva, quedando la *Buena-Madre* en aparente abandono. Lo peor que puede suceder es encontrarla saqueada y destruida. No tardaremos mucho en volver á levantarla. Por ahora éste es el partido que debemos tomar.

Este plan tan sencillo y de tan fácil ejecución fué puesto en planta sin demora. La cabaña fué construída no lejos del sitio en donde diez años ántes ocurrió la lucha entre el tigre y el horniguero, lucha mortal para ambos adversarios, y cuyo resultado fué la adopción de los dos favoritos de la colonia, *Cat* y *Michaud*.

La señora de Robín, habituada desde largo tiempo á las numerosas peripecias á que está sujeta la vida de los habitantes de los bosques, vió partir sin inquietud á su marido y á sus tres hijos. Confíaba en su experiencia y en su intrepidez. Nicolas, desanimado al principio, viendo que le condenaban á la inmovilidad, se consoló pensando que debia velar por la vida de su bienhechora. Acompañó á los cuatro expedicionarios hasta los límites de la *Buena-Madre*.

y volvió muy despacio, cuidando de borrar los menores vestigios de su paso.

Nuestro valeroso amigo, el parisiense, no era un vigilante que debía ser despreciado. Nadie hubiese reconocido en aquel robusto mozo de arqueado pecho, rostro color de ladrillo, ojos claros y mirada atrevida,

al viajero sencillo que diez años ántes caminaba de asombro en asombro á través de las selvas equinocciales. Se encontraba á la sazón en ellas lo mismo que en París, y su adaptacion á la vida salvaje había sido maravillosamente rápida. Manejaba el arco como cualquier piel-roja; seguía una pista como el cazador



Decidieron construir una cabaña.

más inteligente, y no tenía igual en hacer ineficaces las astucias del aguti, del alpaca ó del tatu.

Era preciso verle examinar un tallo de hierba retorcido, enderezar un bejuco, extender con la yema del dedo un poco de tierra ahumada por un horniguero, y restituir, en una palabra, al suelo su configuración primitiva á fin de engañar al rastreador más fino. Por eso, cuando volvió á entrar con aire de triunfo en la cabaña, y hubo pronunciado las palabras de rigor: « Todo está prevenido », ni la señora de Robin ni Carlos abrigaron la más ligera duda acerca de su seguridad.

En cuanto á Casimiro, siempre alegre y siempre en guardia, indicó con una sonrisa que estaba satisfecho. El pobre anciano no ocultaba el orgullo que sentía por haber educado á los hijos de Robin, y sobre todo á Nicolás, y no dejaba de repetir que el único rival de éste era Enrique.

Entre tanto, el proscripto y sus hijos caminaban lentamente y sin vacilar en la direccion de la pista observada por Enrique. Iban, como siempre, en fila india, insensibles á la temperatura, y sin alterar con el más pequeño ruido el imponente silencio de la vasta soledad. Las hamacas, los viveres y las armas

no pesaban sobre sus robustos hombros. Los intrépidos colonos estaban familiarizados con todos sus efectos de rampamiento, como los soldados de África á quienes un arroyo constante procura la facultad de realizar hazañas capaces de dejar asombrados á los mismos árabes.

En toda la jornada no se hizo más que un alto de media hora para tomar á orilla de un arroyo el refrigerio de un anacoreta, algunos puñados de coque desleído en agua y un trozo de carne de mono curada al humo.

En los bosques de la Guayana es preciso ser sobrio, tanto más cuanto conviene siempre no ir cargado con demasiadas provisiónes.

Declinaba el sol rápidamente, serían las cinco de la tarde, y al cabo de una hora desaparecería el astro rey bruscamente y sin crepúsculo.

Era preciso pensar en disponer el campamento si no querían verse sorprendidos por la oscuridad. Ordinariamente se contentaban los Robinsones con amarrar sus hamacas en los primeros árboles que tenían á mano, á un metro del suelo, y poniendo las armas á su alcance. Desgraciadamente se encontraban en medio de un monte bravo impenetrable, cubierto de árboles inmensos cuyas ramas cubrían un terreno húmedo. Decíamos desgraciadamente, porque tales puntos del bosque son visitados todos los días con pasmosa regularidad por uno de esos chubascos que no pueden ser descritos.

Durante el día, el sol aspira las emanaciones húmedas, tan densas como la niebla de Londres. La nube, el terrible sudario de los europeos, se eleva pensativamente á través del ramaje, y flota con pesadez hasta la noche, inmóvil y como sujeta á las altas copas. Luego, en el momento en que desaparecen los rayos solares y la temperatura experimenta un rápido descenso, las nubes condensadas se resuelven en un torrente que cae sobre las hojas, formando cascadas en los troncos, retrojando los bejucos é inundando el suelo. Este fenómeno, determinado por causas idénticas, se produce invariablemente dos veces al día en el punto en que el bosque es más espeso. El desmonte es lo único que puede impedir su presencia.

Los Robinsones, como hombres prudentes y advertidos, resolvieron evitar á toda costa aquel aguacero colosal que caería sobre ellos dentro de una hora. Cuando se camina no importa mojarse; se sigue andando y las ropas no tardan en secarse. Pero de noche, el viajero, estado como si saliera de un río, se ve en la necesidad de permanecer inmóvil en su hamaca, y no puede combatir el frío húmedo que penetra hasta la molécula. Pronto queda helado, empieza á tritar, llega la fiebre, y algunas veces le acomete un acceso pernicioso. De diez casos, cinco tienen un desenlace mortal.

Los cuatro hombres, después de inspeccionar el sitio en que se hallaban, decidieron construir una cabaña. Nada hay tan sólido, tan sencillo y tan impermeable como aquella instalación, que presta los mayores servicios á todos los nómadas de la zona intertropical. Bastan cuatro pies derechos—generalmente se eligen cuatro árboles que forman un cuadrado—

que se unen por medio de ligeras traviesas atadas con bejucos y cubiertas con hojas á manera de tejado. No hay necesidad de paredes laterales ni de tapias, porque la lluvia siempre cae verticalmente. Una vez hallado el emplazamiento, y libre el suelo de malezas, se tiende al cabo de media hora un abrigo, debajo del cual pueden desahogar impunemente las lluvias torrenciales más furiosas. Lo esencial es evitar la proximidad de los árboles secos, que con el menor esfuerzo caen produciendo desastres irreparables.

Nuestros amigos, después de adoptar todas las precauciones inspiradas por su antigua experiencia, dormían á cubierto, cuando al cabo de una hora se desencadenó el chubasco. El día había sido en extremo caluroso. Al aguacero se unió una tormenta formidable. Nada me extrañó como la inmovilidad de los gigantes imposibles que parecían columnas de una bóveda inmensa; nada tan terrible como aquellas fulguraciones acompañadas de horribos truenos.

Y sin embargo, ni un soplo de viento agitaba las masas vegetales, inamovibles siempre y como petrificadas. La tormenta ecuatorial parece un estornudo en un horno. Los Robinsones, ángeles y angelitos, aguardaban con paciencia el fin de aquel cataclismo, cuando un trueno más fuerte, si es posible, que los otros, reunió sobre su cabeza. Tembló el suelo, los árboles que servían de apoyo al cobertizo se apartaron, y el débil abrigo cayó en tierra. Luego un ruido inmenso dominó á los demás ruidos, y se hundió un pedazo del bosque, sepultando el campamento bajo un enorme montón de ramas, hojas y bejucos.

CAPÍTULO VII.

En la gruta del oro.—Muestran sus evasiones.—Sensitiva tan lenta como indispensable.—Nuevo tratado de alianza.—Lo diplomático de Benedicto.—... « Falta la cabeza. »—¡Grillo de agosto!—Fuera de peligro.—Un solo día más.—Flebotomias de los leonidos.—Los venenos insalvables.—La última noche de los perros.—Orta en el claro del bosque.—Preparativos del sacrificio.—A tormentadores en traje de gala.—¿Tráha la comedia!—Desembarco inesperado.—Guerra de guerra de los indios.—Regreso inesperado de un antiguo amigo.—Aciombos desiguales.—Persecuciones de un cuerpo sin cabeza y de una cabeza sin cuerpo.

El furor de Benedicto era espantoso cuando se vió encerrado en la cueva de los arañichaux. Ya se sabe que la mansedumbre no era la virtud dominante en el antiguo sota-comité, y en aquella ocasión dió rienda suelta á su brutalidad con toda la superabundancia de que era capaz su carácter irascible.

Los indios, gente entendida en manifestaciones exteriores de cólera y de dolor, no habían soñado jamás con tal desbordamiento de blasfemias y de imprecaciones.

Aquel torrente de juramentos, aquellos furiosos gritos, aquel indescripible trabajo de las cuerdas vocales, unido al juego de la fisiología del aventurero, daban á los buenos salvajes una alta idea del jefe blanco, y aumentaba su admiración al ver que sus compañeros guardaban un silencio lleno de asombro, con lo cual acabaron de creer que aquel furor de primera clase era propio y peculiar de un gran jefe.

El acceso duró cerca de un cuarto de hora, y luego Benedicto se calló, sin poder respirar y exahusto de saliva. Acabó por donde debiera haber comenzado y se puso á examinar los medios de que podía valerse para huir. Después de dar vueltas como un oso en la jaula, de registrar por todas partes y de

haber intentado, pero inútilmente, apartar la roca que cerraba la abertura, se dejó caer en el suelo dominado por una postracion increíble en tal hombre.

—¿Por qué no dices nada, jefe?—preguntó tímidamente el bruto de Tioguy.

El bandido, familiarizado con los calabozos, no



El dolor de Benedicto era espantoso.

experimentaba esa atroz impresion que aniquila en cierto modo al hombre acostumbrado al aire libre.

—¿Qué quieres que diga? Me ha trastornado la aventura. No soy fuerte en evasiones. Sólo sé encerrar á los forzados é ignoro cómo practican las maniobras necesarias para huir.

Á pesar de la gravedad de las circunstancias no pudieron los tres bandidos contener la risa. Aquella confesion desprovista de artificio, en boca del antiguo vigilante, llenábalos de gozo.

—Mira, jefe—dijo sentenciosamente Bonnet—

si los carceleros empleasen para custodiar á los forzados la centésima parte de vigilancia que éstos despliegan en la traza y ejecucion de sus planes, no ocurriría jamás una evasion. El prisionero realiza sus propósitos porque siempre está pensando en ellos.

—Bueno, ya podéis pensar en la manera de salir de aquí, pues sois más inteligentes que yo en eso de abrir puertas.

—Vambajas de una educacion esmerada—repuso irónicamente el teniente.

—Ea, dejemos de discursos, cada cual hace lo

que sabe. Yo tengo mis aptitudes y vosotros las vuestras. Bonnet, tú que eres el más ingenioso de todos, toma el mando y organiza algo. Verás si yo sé obedecer.

—Eso es hablar. Manos á la obra, porque no conviene estar aquí mucho tiempo. Tenemos algunas provisiones, pero ni una gota de agua. Los que nos han encerrado aquí ya sabían lo que hacían desviando el curso del torrente.

—¿Crees que el arroyo subterráneo ha sido apartado deliberadamente?

—Estoy seguro. Nuestros enemigos, inferiores en número, no se han atrevido á atacarnos. Les ha parecido más racional hacernos morir de hambre y de sed.

—Es posible.

—Debemos estar fuera de aquí dentro de dos días, pues no quiero ser la flor de tus antiguos pupilas. Ea, al galope. El tiempo apenas á juzgar por las caras largas del bravo Ackombaka y de sus hombres. Encontrarían la breña un poco fuerte si se prolongase. Empecemos por trazar nuestro plan. Felizmente tenemos brazos y la tierra podrá ser ejecutada con más facilidad. En primer lugar, vas á hacer que nuestros aliados ataquen á la roca. Lléveme el diablo si no consiguen separarla con sus machetes. ¿No hemos taladrado solos, sin luz, bajo la vigilancia de los carceleros, los muros de los calabozos con clavos, con pedazos de escudilla y hasta con fragmentos de vidrio? Entre tanto yo examinaré minuciosamente el local.

El bandido tomó una antorcha, internándose por las galerías que conducían al fondo de la cueva.

Los thios y los emerillones, estimulados por el alcohol que Benedicto les dió con prodigalidad, la emprendieron vigorosamente contra el monolito que cerraba la entrada. Al principio se creyó que el resultado sería satisfactorio. Durante algunos minutos avanzó el trabajo de zapa con alguna rapidez, pues la tierra micácea no presentaba resistencia para desmoronarse. Pero pronto chocaron los sables contra la diorita, despidiendo sustidores de chispas. La roca tenía una dureza que desafiaba al mismo acero. Hubiera sido necesario hacer uso de barrenos para quebrantar, después de mucho trabajo, aquellas placas relucientes, amasadas durante millares de siglos por ese incomparable obrero que se llama el tiempo.

El antiguo vigilante notó cierto sudor en la raíz de sus cabellos. Un escalofrío serpentado á lo largo de su espalda al convencerse de la inutilidad de los esfuerzos. El ramal de galería que daba acceso á la gruta era un corte practicado antiguamente en la roca por una convulsión geológica. Era una especie de conducto cilíndrico de cuatro á cinco metros de longitud por uno y medio de altura. Se ensanchaba á la entrada y la roca que la obstruía parecía estar sellada en aquel cubudo.

Era imposible tirar hacia dentro de aquella piedra, más voluminosa que el pasadizo, y también lo era empujarla al exterior, pues debía estar sostenida por un considerable monton de materiales.

Toda tentativa en este sentido era completamente inútil.

Bonnet volvía en aquel momento de hacer una exploración infructuosa. Su rostro de guardaño no revelaba ninguna emoción, mientras que de la cara brutal de Benedicto, dolorosamente contráida por la angustia, brotaba á raudales el sudor.

—¡Nada!— murmuró aterrado.—¡Nada!.... Estamos condenados á morir aquí! Todo lo había previsto menos este suplicio horrible. ¡Ser enterrado vivo! ¡Jamás. Primero me haría pedazos el cráneo.

—¡Anda, cobarde!—repuso el forzado con acento bulón.—¿Acaso tienes miedo?

—¡Creo que sí!

—Ten paciencia, gallina. Todavía no he concluido.

—Pero los indios, que no conocen bien el asunto, empiezan á anllar. Si esto continúa nos pasan á cuchillo.

—Dales de beber.

—El remedio es peor que la enfermedad. El ron les va á poner furiosos.

—Enzázales para que se maten mutuamente. Después comeremos los muertos para ganar tiempo.

—¿Es decir que no tienes esperanza?

—Por el momento, no. Voy á tomar una tea para volver allá.

—Yo iré contigo. No puedo estar sin hacer algo. Apenas es imposible resistir el calor de ese cuádrer que se han empeñado en traer hasta aquí. Tingny y Mathien les darán ron. Me voy.

—Vén, y ya que no sirves para nada, llevarás la luz.

Los dos hombres, después de una marcha lenta, pero fácil, llegaron al borde del torrente agotado. Bonnet escudriñó con avidez el fondo de la sombría cortadura, murmurando aparte:

—Si nos queda una probabilidad de salvacion, es esa. Indudablemente el agua entra por una abertura cualquiera y salía por otra. ¿Qué dices, jefe?

Una exclamacion ahogada fué la única respuesta de Benedicto, que resbaló bruscamente dejando caer la antorcha.

—¡Benedicto!—gritó el bandido seriamente alarmado.—¡Benedicto! ¿Estás herido? Respóndeme.

—No—contestó por fin el vigilante con voz sorda;—pero estoy medio aplastado. No me he roto nada, más es el ruido que las nueces.

—Ea, vuelve á coger la luz; bien, alumbrame. Voy á reunirme contigo. ¿No hay más que dos metros de desnivel, eh?

—Poco ménos; pero ten cuidado con las puntas de las rocas.

—Buena; allá voy—respondió el forzado suspendiéndose con las manos y dejándose resbalar sobre las puntas de los pies.—Una.... dos.... así, despacio.

—¡Ay!.... ¡Oh!....

—¿Qué te sucede?

—No puedo andar.

—Pues corre.

—Creo que me he descoyuntado un pié.

—No nos faltaba más que eso.

—No, estoy mejor. Tengo la pierna un poco dolida, pero puedo apoyarme en ella.

— En ese caso, vamos.

Los dos aventureros siguieron pacientemente el lecho del río, cuya curso presentaba las caprichosas revueltas de un intrincado laberinto. No tardaron en ver que subían una pendiente rápida, debiendo alcanzar una altura igual, por lo ménos, si no superior, á la bóveda de la gruta.

— Esto marcha bien — decía Bonnet á su compañero, que caminaba detrás de él cojeando. — Las buenas gentes que nos han encerrado aquí no han comprendido que aseguraban nuestra salvación al querer privarnos de agua.

— ¡Calla! ¿No te lo decía yo? Mira allá arriba.

— ¡Oh! ahí, luz — anunció Benedicto, viendo á dos metros encima de su cabeza una estrecha abertura por la cual se descubrió un pequeño trozo de cielo.

— Por ahí entra el agua en la gruta. Esos imbeciles han establecido la presa algo más allá del agujero sin saber que este fluachón de Bonnet se deslizaría por él como una anguila.

— ¿Quieres pasar por ahí?

— ¡Carayita! Ya lo crees. Me he escapado de la cárcel de Pithiviers por un agujero la tercera parte más estrecho que ese. Soy un verdadero reptil. El carcelero, un hombre honrado pero bastante bruto, me dió un hoja de papel. Pinté en ella una guillotina y pegué mi obra artística en la pared. «Por ahí he de pasara, le decía siempre que me llevaba la pitanza. «Espacio que no», respondió invariablemente. El pobre diablo creía que yo hablaba del cadalso, siendo así que me refería á una abertura practicada por mí y oculta detrás del dibujo. Cierta mañana tomé la llave del campo despus de haber escrito en el mismo papel: «Ma voy á la vendimia». Quince días despus me prendió en el lugar de un labriego bebiendo vino dulce. Le habia tomado en aquella ocasión algunos miles de francos, que encontraron en mis bolsillos. Como estaba completamente borracho, me volví en otra vez al calabozo. Es, bastante hemos hablado. Hagamos la mudanza como en la cárcel de Pithiviers. Dos palabras: cuando esté al otro-lado iré á la entrada de la cueva para quitar los escombros y todo lo que impida á la roca obedecer al soplo procedente del interior. Cuando todo esté dispuesto daré un silbado, reuniréis todos vuestros esfuerzos, y llevare el diablo si no dejais el peso libre.

— Comprendo — respondió Benedicto, recobrando su energía al pensar en que iba á salir de aquel encierro. — Espera un momento, voy á encorvarme junto á la pared. Bien, así. Ahora sube sobre mis hombros.

— Ya está; mis manos llegan al borde del postigillo. Hay el espacio suficiente para la cabeza. La piel de los costados podrá quedarse ahí, pero esto es un ligero inconveniente; lo demás podrá pasar, porque los banquetes del presidio no me han hecho tener vientre.

El huido se elevó á fuerza de puños, encogiéndose, alargándose, apretando sus músculos hasta que introdujo su cuerpo en la abertura. Durante algunos minutos quedó como estrangulado, sin poder avanzar ni retroceder; por último sacó los brazos,

agitó las piernas desesperadamente, crujiendo sus huesos y brotando sangre de su piel.

Despus dió un grito de alegría; estaba libre.

Habiendo coronado el éxito aquella primera é indispensable maniobra, pronto quedó ejecutado el plan del bribón; y sus provisiones se realizaron punto por punto. En un instante encontró la entrada de la gruta. La roca que la obstruía estaba cargada con varios quintales de piedras, amontonadas en forma de eminencia, que sólo la mina hubiera podido levantar de un solo golpe. Bonnet trabajó tanto y tan bien, que al cabo de dos horas no quedaba rastro de aquel *tomulus* dispuesto por los *aramichaux* al huir precipitadamente.

Los prisioneros unieron sus esfuerzos, coordinaron sus movimientos, y fué tal el empuje, que la roca diérbica osciló, rotando con el ruido de un trueno hacia el pie de la colina. Un prolongado grito de triunfo y de alegría salió del pecho de los blancos al ver el sol, cuyos ardientes rayos no esperaban contemplar juntos. Los indios cantaban y saltaban delante del cadáver del piaya horridamente descompuesto. Cediendo, por fin, á las instancias de Benedicto, consintieron en apartarse no lejos de la gruta, despus de haber cortado su larga cabellera, á la que se harían buenas tumbres en tiempo y lugar oportunos.

Los *pieles-rojas*, completamente ébrios y embrutecidos, no se habían dado cuenta del peligro á que estuvieron expuestos durante el forzado encierro. Le vuelta á la luz y á la vida de los grandes bosques no alteró lo más mínimo su impasibilidad. El único pensamiento que les dominaba era volver á su aldea con la cabellera del piaya á fin de comenzar de nuevo la tenebrosa ceremonia, acompañada de copiosos tragos. No encontrando por el momento ningún pretexto legítimo para beber *cacoiri* ó *vicá*, *Ackonlaká*, celoso por la dicha de sus súbditos tanto como por la suya propia, quiso dar la señal de retirada.

La tardad era que había mantenido su promesa. El jefe blanco puto, mediante su auxilio, realizar sus planes; ahora él debía cumplir sus compromisos. Ya era llegada la ocasión de volver al viachuelo y empezar la campaña contra los *bontes* y los *poligudmas*.

Pero Benedicto no opinaba de igual modo. Los *pieles-rojas* eran unos aliados demasiado valiosos para que consintiera en abandonar el campo, y mucho ménos en privarse de sus servicios. Conocer de las debilidades de aquellos niños grandes, sencillos, glotonos y perezosos, no le fué difícil seducirlos de nuevo.

— ¿El jefe de los hombres rojos — dijo sentenciosamente — renuncia á castigar al asesino del piaya de su tribu? ¿De tal manera ha degenerado que olvida, como débil mujer, la injuria hecha á él y á sus guerreros?

— ¡Mis jóvenes guerreros — respondió el borracho en tono lastimero — ya no tienen provisiones! El hambre cruel va á desgarrar sus entrañas y no tendrán fuerzas para combatir contra los negros del Maroní. ¿Quién defenderá sus mujeres, sus hijos y

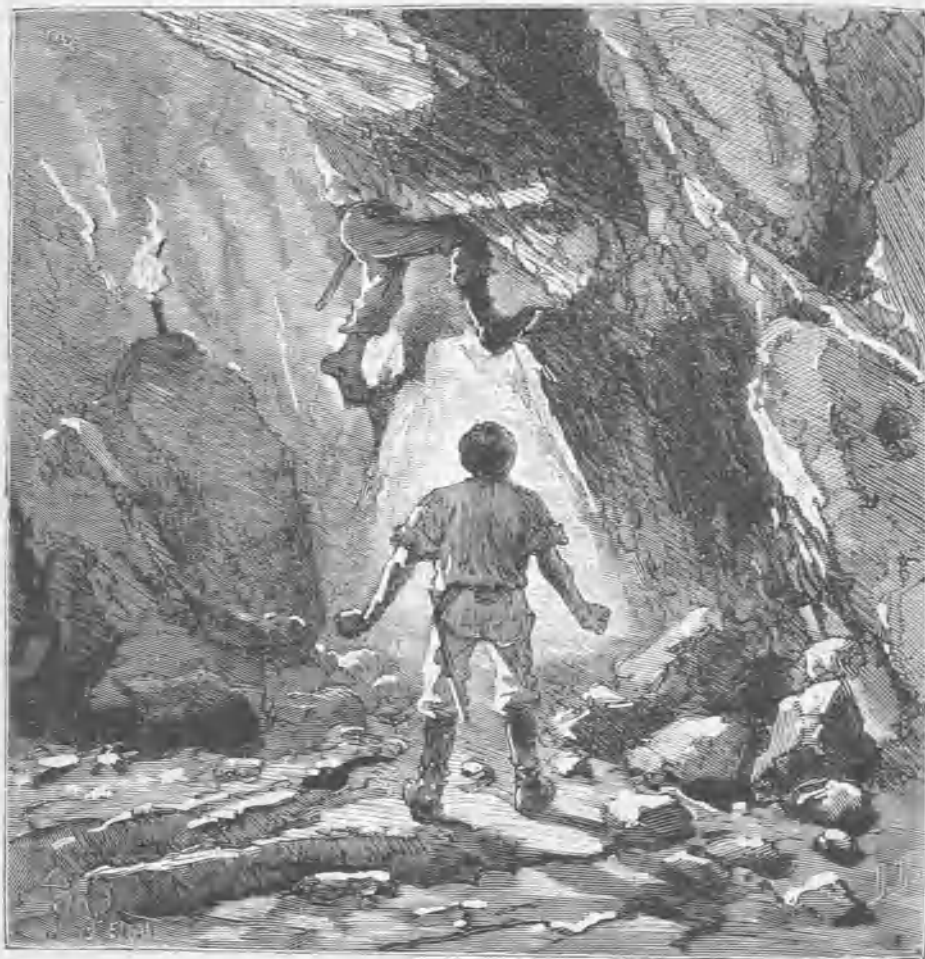
aus ancianos si el hambre los abate quitándoles toda su energía?

— ¡Peró el honor de los hombres rojos es preferible á todo!

— ¡El indio no marcha al combate más que cuando no tiene hambre — reposo el jefe parafraseando in-

conscientemente aquella máxima del mariscal de Sajonia: « El soldado no se bate sino después de tomar el rancho... »

— Que el jefe no se preocupe por eso — dijo Ba-medico. — Yo le conduciré, y también á sus valientes guerreros, á una ranchería como no la ha visto



El tambido se eleva á fueras de juanos.

nunca ninguna indio desde que Gadu, el gran dueño del mundo, creó los hombres, los animales y los bosques.

— ¿Dice verdad mi hermano?

— El jefe blanco no miento jamas — dijo el tu nante.

— ¿Cuándo enseñará mi hermano esa ranchería al que ya viene y á sus guerreros?

— Cuando el sol aparezca despues de haber dormido dos veces detras de los grandes bosques, mis hermanos los emerillones y los thios saquenán los

campos de batatas y de yuca, nadarán en la abundancia y podrán pasar sin trabajar el próximo invierno.

Los argumentos del blanco eran irresistibles. Quedó convenido que se emprendería la marcha inmediatamente hácia aquel país de Juuja, donde se podría comer, beber y dormir sin más trabajo que preparar los licores fermentados.

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LOPEZ.

— Porque yo no pueda responder á tu pregunta — me decía — no debes deducir que carezcan de fundamento las que yo te hago. Cualquiera otro en mi lugar no tardaría en saber por qué te ha hecho buscar master Driscoll y con qué objeto ha gastado dinero. Yo no lo averiguo, porque no soy bastante listo ni sé una palabra de nada.

— No digas eso; al contrario, eres muy sagaz.

— Si lo fuese te explicaría en seguida lo que no puedo explicarte, aunque lo comprendo. No, tú no eres hijo de master Driscoll, no lo eres ni puedes serlo; ya se aclarará todo esto; y tu obstinación es lo que retrasa al momento de averiguarlo. Conozco que te detiene lo que tú llamas respeto á la familia, pero ese sentimiento no debiera paralizarte completamente.

— ¿Qué quieres que haga?

— Que volvamos á Francia.

— Es imposible.

— ¿Porque el deber te retiene al lado de tu familia? Pero si no eres hijo de ella, ¿por qué no accedes á mi ruego?

Estas discusiones producían siempre el mismo resultado: hacerme más infeliz que jamás había sido.

¿Cuán terrible es la duda!

Y por más que no quería dudar, dudaba.

¿Sería aquél mi padre? ¿Sería aquella mi madre?

¿Sería aquella mi familia?

¿Quién me hubiera dicho, cuando lloraba tristemente porque no tenía familia, que había de llorar con más amargura en cuanto la tuviese?

¿De dónde me llegaría la luz? ¿Quién me iluminaría? ¿Cómo sabría la verdad?

La impotencia me hacía permanecer anonadado ante aquellas preguntas y me decía que eran inútiles todos mis esfuerzos.

Y sin embargo, era preciso cantar, tocar piezas graciosas y hacer muecas cuando tenía el corazón traspasado por el dolor.

Los domingos eran para mí días felices porque, estando prohibido tocar en las calles de Londres, podía entregarme libremente á mi tristeza, paseando con Mattia y *Cipi*.

¿Qué diferencia entre mi situación de entonces y la de algunos meses ántes!

Uno de aquellos domingos, cuando me preparaba á salir con Mattia me detuvo mi padre diciendo que me necesitaba por todo el día, y envió á mi camarada

á pasear solo. Mi abuelo no había bajado; mi madre había salido con Kate y con Annie y mis hermanos correteaban por las calles: no había en casa nada más que mi padre y yo.

Hacia una hora que estábamos solos cuando llamaron á la puerta. Fué mi padre á abrir y volvió acompañado por un señor que no se parecía á los amigos que generalmente iban á verle; era lo que se llama en Inglaterra un *gentleman*, es decir, un verdadero señor, elegantemente vestido y de fisonomía altanera aunque un poco marchita. Tendría unos cincuenta años, y lo que más llamó mi atención fué su sonrisa, que por el movimiento de los labios descubría todos sus dientes blancos y puntiagudos como los de un perro. Este detalle era característico, y el observador se preguntaba si era una sonrisa la causa de la contracción de sus labios, ó si realmente tenía ganas de morder.

Mientras hablaba con mi padre en inglés volvía los ojos hácia mí, pero cuando se encontraban con los míos dejaba de examinarme.

Después de algunos minutos de conversacion dejó el inglés por el francés, que hablaba con facilidad y sin notársele acento extranjero.

— ¿Es éste el joven de quien me habeis hablado? — preguntó á mi padre señalándome con el dedo; — parece que tiene buena salud.

— Responde — me dijo mi padre.

— ¿Estáis bien? — me preguntó el *gentleman*.

— Sí, señor.

— ¿Nunca habeis estado enfermo?

— He tenido una fluxion al pecho.

— ¡Ah! ¡ah! ¿Cómo ha sido eso?

— Por haber dormido una noche sobre la nieve; mi amo, que estaba á mi lado, murió de frío y yo adquirí aquella enfermedad.

— ¿Hace mucho tiempo?

— Tres años.

— Y luégo ¿os habeis resentido de esa dolencia?

— No.

— ¿No habeis tenido fatiga, flojedad ó sudores durante la noche?

— No, nunca; cuando he sentido fatiga ha sido por haber andado mucho, pero sin estar enfermo.

— ¿Soportais el cansancio fácilmente?

— ¿Qué he de hacer?

Se levantó, y acercándose á mí me tocó el brazo, puso una mano sobre el corazón y aplicó su oído

en la espalda y en el pecho y me dijo que tosiera.

Hecho esto me miró atentamente por largo rato, y al ver su espantosa sonrisa creí de verdad que debía gustarle morir.

Sin decirme nada siguió conversando en inglés con mi padre, y pasados algunos minutos salieron ambos, no por la puerta de la calle, sino por la de la cochera.

Cuando estuve solo traté de explicarme qué signifi-

ficaban aquellas preguntas del *gentleman*. ¿Quería llevarme á su servicio? ¡En este caso tendría que separarme de Mattia y de Capi! Resolví no ser criado de alguién aunque fuese persona que me agradase, y mucho menos de aquel *gentleman* qua me entan antipático.

Al cabo de una hora volvió mi padre y me dijo que ya no me necesitaba como pensó al principio, y



Adivinando á mí, me toca el brazo.

que, por-consiguiente, podía ir á pasearme á donde quisiera.

No tenía gana de pasear; pero ¿qué iba á hacer en aquella triste casa? Mejor estaba paseando que aburiéndome.

Estaba lloviendo y entré en el carruaje para tomar mi zamarra, y ¡cuál sería mi sorpresa al encontrar allí á Mattia. Iba á dirigírle la palabra, pero me puso una mano en la boca diciéndome en voz baja:

—Abre la puerta de la cochera; yo saldré con mucho cuidado, pues es preciso que nadie sepa que yo estaba en el coche.

Hasta que estuvimos á bastante distancia no se decidió Mattia á hablar.

—¿Sabes quién es ese señor que acaba de hablar con tu padre?—me dijo.—Pues es M. James Milligan, el tío de tu amigo Arturo.

Me quedé inmóvil en medio de la calle, pero Mattia me cogió del brazo y continuó diciendo mientras andaba:

—Salí, como sabes, esta mañana, pero al poco tiempo empecé á fastidiarme por las solitarias calles, y volví al coche con intención de dormir; me acosté en mi catre, pero no pude conciliar el sueño. Al poco tiempo entró tu padre en la cochera acompañado de un *gentleman*, y sin querer oí su conversación:

—«Es sólido como una roca—dijo el *gentleman*;—¡cualquier otro hubiera muerto y él no ha tenido más que una fluxion al pecho.»

—Comprendí que hablaban de tí y escuché con

más cuidado; pero en seguida cambiaron de conversacion.

—«¿Cómo está vuestro sobrino?—preguntó tu padre?»

—Mejor; tambien esta vez se salvará; hace tres meses que todos los médicos aseguraban que no se curaría; pero su buena madre le ha prolongado la vida á fuerza de cariño. ¡Ah! Mame, Milligan es una excelente madre.»

—Excuso decirte si aplicaría el oído.

—«Si vuestro sobrino está mejor—continuó tu padre—todas las precauciones son inútiles.

—Por el momento es posible—respondió el señor—pero no puedo suponer que Arturo viva; sería un milagro, y ahora son los milagros cosa muy rara; es preciso que el día de su muerte el único heredero sea yo, James Milligan.

—Estad tranquilo—dijo tu padre—así será; yo os respondo de ello.

—Cuento con vos—dijo el *gentleman*.»

—Luego añadió algunas palabras que no entendí bien y que te traduzco aproximadamente, aunque al parecer no tengan sentido alguno:

—«Ahora veremos lo que es preciso hacer de él.»

—En seguida se marchó.

Al oír el relato de Mattia mi primera idea fué preguntar á mi padre cuáles eran las señas de la casa de M. Milligan, con objeto de tener noticias de Arturo y de su madre; pero comprendí en el acto que era una locura. ¿Cómo había de darme noticias de su sobrino

un hombre que le deseaba la muerte? Además era una imprudencia hacer comprender á M. Milligan que Alguien había escuchado su conversación.

Arturo vivía, y esto era lo principal. En aquel momento bastante alegría experimentaba con tan buena noticia.



Bastante alegría experimentaba con tan buena noticia.

CAPÍTULO XXXVIII.

LAS NOCHES DE NAVIDAD.

El asunto de nuestras conversaciones no fué, desde entonces, más que averiguar el paradero de Arturo y de su madre.

Las visitas de M. James Milligan nos habían inspirado una idea y sugerido un plan cuyo éxito creíamos tener asegurado; puesto que M. J. Milligan había venido una vez al patio del Leon-Rojo era casi indudable que volvería por segunda y tercera vez para arreglar sus negocios con mi padre. Pues bien, siempre que saliera le seguiría Mattia, que era desconocido para él; de este modo averiguaríamos dónde vivía, preguntaríamos á sus criados, y con los datos que nos suministrasen podríamos encontrar á madame Milligan.

Este proyecto nos parecía perfectamente realizable, y además de la ventaja de poder encontrar á Arturo en un momento dado, ofrecía otra que á la sazón me sacaba de apuros.

Desde la aventura de *Capí*, y en vista de la respuesta de la tía Barberin, no cesaba Mattia de repetirme en todos los tonos: «Volvamos á Francia», haciendo todos los días variaciones nuevas sobre este motivo. Pero á su estribillo siempre oponía yo el siguiente: «No debo abandonar á mi familia.» Al llegar al punto de los deberes ya no nos entendíamos y nuestras discusiones se podían reducir á esto: «Es preciso marchar.—Debo permanecer aquí.»

No hubiera sido prudente esperar á M. James Milligan durante el día, y con mayor motivo saliendo

nosotros por la mañana y no regresando hasta la noche; pero se acercaba el momento de tocar en las calles por la noche, pues desde las doce en adelante se verificaban los *waits*, es decir, los conciertos de Navidad. Quedándose en casa uno de nosotros durante el día, estaría en acecho y no tardaríamos en sorprender al tío de Arturo.

—¡Si supieras qué deseo tengo de que encuentres á Mme. Milligan!— me dijo Mattia una mañana.

—¿Por qué?

Estuvo por largo tiempo dudando en contestarme.

—Porque ha sido muy buena contigo.

Y luego añadió:

—Y porque acaso pudiera ayudarte á buscar á tus padres.

—¡Mattia!

—¡No quiero que diga esto! Te aseguro que no es culpa mía, pero es imposible admitir por un solo instante que seas miembro de la familia Driscoll. Observa á todos ellos y obsérvate á ti mismo; no hablo ya del pelo rubio; ¿tienen los movimientos de la mano iguales á los del abuelo, ni esa falsa sonrisa? Si yo no fuese hijo de mi padre, ¿tocaría el cornetín de piston, el clarinete ó cualquier otro instrumento? Mi padre era músico y yo también lo soy, esto es natural. En cuanto á tí, lo natural es que seas hijo de un *gentleman*, y verás cómo resulta que lo eres en cuanto hayamos encontrado á Mme. Milligan.

—¿Por qué dices eso?

—Tengo una idea.

—¿Quieres decirme cuál es?

—¡Oh, no!

—¿Por qué?

—Porque si es estúpida....

—¿Y bien?

—Sería muy estúpida si fuese falsa; no conviene hacerse ilusiones que no han de realizarse. Es preciso que la experiencia del verdor de este delicioso Bethnal nos sirva de algo; ¿hemos visto en él hermosas praderas que en la realidad se han trocado en charcos de lodo!

No insistí, porque también yo tenía una idea.

Era mucho más vaga, más confusa, más estúpida, más tímida que pudiera serlo la de Mattia, y precisamente por eso mismo no me atreví á insistir para que mi compañero formulara la suya. ¿Qué le hubiere respondido si fuera igual á la que flotaba indecisamente y como un sueño en mi turbado espíritu?

Y no atreviéndome yo á manifestar la mía, ¿cómo tendría valor para discurrir la suya?

No había más sino esperar, y esperamos.

Entre tanto continuamos nuestras excursiones por aquella inmensa ciudad, pues no éramos de esos músicos privilegiados que toman posesión de un barrio en el que cuentan con un público suyo; éramos demasiado jóvenes y demasiado desconocidos para presentarnos como dueños, y debíamos ceder el campo á los que sabían hacer valer sus derechos de propiedad con argumentos cuya fuerza no podíamos contrarrestar.

¡Cuántas veces, en el momento de hacer nuestra colecta, después de tocar como mejor sabíamos los

más escogidas trozos de nuestro repertorio, nos vimos obligados á escapar ante algun formidable escococ con las piernas desnudas, la chaqueta plegada, el plaid, la gorra adornada de plumas, que con el sonido de su gaita nos hacía emprender la fuga!

De igual manera éramos impotentes contra las bandas de músicos negros que circulan por las calles, y que los ingleses llaman *nigger-melodits*. Aquellos negros falsificados, que se atavian grotescamente con fraques de larguissimos faldones y grandes cuellos que envuelven sus cabezas como el papel de un ramillete, nos causaban más miedo que los bardos escoceses. En cuanto los veíamos llegar, ó por mejor

decir, en cuanto oíamos el sonido de sus *banjo*, callábamos respetuosamente y nos dirigíamos á otro barrio donde estuviéramos seguros de no encontrar ninguna otra banda; ó esperábamos, mirándoles, á que terminasen su insufrible censurada.

Un día en que nos habíamos transformado en espectadores, vi que uno de ellos, el más extravagante de todos, hacía señas á Mattia; creí al principio que trataba de burlarse de nosotros y divertir al público con alguna escena grotesca cuyas víctimas seríamos; pero con gran sorpresa vi que Mattia le contestaba afectuosamente.

— ¿Le conoces? — dije.



Las bandas de músicos negros que circulan por las calles.

— Es Bob.

— ¿Quién es Bob?

— Mi amigo Bob, del circo Gassot, uno de los dos clowns de que te he hablado, al que debo sobre todo mis conocimientos de lengua inglesa.

— ¿No le habías reconocido?

— De ningún modo! En el circo Gassot metía la cabeza en harina y aquí la meto en betún.

Terminada la representación de los *nigger-melodits*, se acercó Bob á nosotros, y por la manera con que saludó á Mattia comprendí el atractivo de mi camarada. Un hermano no hubiera manifestado más alegría en los ojos y en la palabra que aquel viejo clown, « obligado por la penuria de los tiempos, como él decía, á hacerse *itinerant-musician*. » Fué preciso que nos separásemos, él para seguir á su banda, y nosotros para dirigirnos á un barrio donde estuviésemos libres de su presencia; los dos amigos aplazaron para el domingo próximo el relato de lo que cada cual había hecho desde que se separaron. Su amistad con Mattia le impulsó sin duda á manifestarme afecto, y pronto tuvimos un amigo que con su experiencia y sus consejos nos hizo la vida de Londres mucho más fácil que hasta entonces había sido. Cobró cariño á Capi, y muchas veces nos dijo con envidia que si tuviera un perro como aquél esta-

ba hecha su fortuna. Con frecuencia nos propuso que nos asociáramos los tres, es decir, los cuatro, él, Mattia, Capi y yo; pero si no quería dejar mi familia para volver á Francia y visitar á Lise y demás amigos, con mayor razón me negué á recorrer con Bob toda Inglaterra.

De este modo se fué aproximando la Natividad; en los días anteriores, en vez de salir del patio del *Leon Rojo* por la mañana temprano, nos poníamos en camino por la noche, á las ocho ó las nueve, yendo á los barrios que habíamos designado.

Primeramente comenzamos por los *squares* y por las calles en que la circulación había cesado; necesitábamos cierto silencio para que nuestra música penetrase á través de las puertas cerradas y fuese á despertar á los niños en sus camas, anunciándoles que se acercaba la Noche-Buena, fiesta tan agradable para todo corazón inglés. Luego, conforme trascurrían las horas de la noche, íbamos á las calles principales; pasaban los últimos carruajes conduciendo á los espectadores de los teatros, y una especie de tranquilidad reemplazaba al ruido ensordecedor del día. Entonces ejecutábamos las piezas más tiernas, las que tenían un carácter melancólico y religioso; el violín de Mattia llora, mi arpa gime, y cuando callamos, en algun momento de reposo, nos trae el vien-

to algún trozo de música que otras bandas tocan más lejos. Ha terminado nuestro concierto: «¡Señoras y señores, buenas noches, y felices Pascuas!»

Nos vamos á otra parte y damos principio á un nuevo concierto.

Debe ser muy agradable oír música por la noche, cuando se está en la cama cubierto con una buena manta y debajo de un edredon; mas para nosotros no hay, en la calle, ni cama, ni manta, ni edredon; no obstante, es preciso tocar, aunque los dedos estén entumecidos; la humedad penetra hasta los huesos cuando la niebla rueda por las calles en forma de enormes copos semejantes al algodón, y si el cielo aparece con su azulado color, sopla glacial el viento del Norte. Aquel tiempo de Navidad fué muy cruel para nosotros, y sin embargo, durante tres semanas no dejamos de salir ni una sola noche.

¡Cuántas veces, ántes de que las tiendas se cerrasen, nos hemos detenido á ver los escaparates de las fruterías, de los comercios de aves y caza y de las confiterías! ¡Oh! ¡qué patos tan hermosos! ¡qué pavos de Francia tan bien cebados! ¡qué pollos y qué capones tan apetitosos! ¡Montañas de naranjas y manzanas, y cantidades fabulosas de castañas y de ciruelas pueras! ¡Cómo se hace la boca agua al ver todo esto!

¡Cuántos niños alegres y golosos se emborraban en brazos de sus padres!

Y mientras recorriamos las calles, pobres y miserables músicos, veíamos en nuestra imaginación esas fiestas de familia, así en la opulenta mansión de un aristócrata, como en la humilde cabaña del pobre.

¡Cuán agradable es la Noche-Buena para los que son amados!

Pasadas las fiestas de Navidad tuvimos que salir durante el día, y disminuyeron considerablemente las probabilidades de ver á M. James Milligan. Nuestra única esperanza era el domingo, y cuando llegaba este día, en vez de salir á recrearnos y descansar del trabajo de la semana, nos quedábamos en casa y esperábamos.

Sin contar la causa de nuestra preocupacion, habia preguntado Mattia á Bob cuál medio sería más eficaz para saber dónde se hallaba una señora llamada madame Milligan, que tenía un hijo paralítico, ó mejor, dónde vivía M. James Milligan. Pero Bob respondió que se necesitaba saber quién era aquella Mme. Milligan, y también cual era la profesion ó posición social de M. James Milligan, puesto que tenían este apellido muchas personas en Londres, y muchísimas en Inglaterra.

No habíamos pensado en esto. Para nosotros no existía más que una Mme. Milligan, que era la madre de Arturo, y un M. James Milligan, su tío.

Volví á insistir en que se hacía cada vez más necesario nuestro regreso á Francia, y con este motivo comenzaron de nuevo nuestras perdurables discusiones.

—¿Es decir que renuncias á encontrar á Mme. Milligan? — decía yo á mi amigo.

—De ningún modo; pero ¿está fuera de duda que Mme. Milligan se halla todavía en Inglaterra?

—Tampoco lo está que se encuentre en Francia.

—Esto es lo más probable; si Arturo sigue enfermo, ha debido su madre conducirlo á un país cuyo clima sea propicio para su restablecimiento.

—Pero no es solamente en Francia donde el clima es saludable.

—Arturo se ha curado una vez en Francia, y á Francia le habrá llevado su madre; además, estoy ardiendo en deseos de sacarte de aquí.

Me encontraba en tal situación de ánimo que no me atreví á preguntar á Mattia cuál era la causa de aquel deseo; tenía miedo de que me respondiese precisamente lo que yo no quería oír.

—Vámonos — continuaba Mattia — ya verás cómo nos ocurre alguna catástrofe; vámonos.

Pero aunque no hubiesen cambiado las hostiles disposiciones de mi familia respecto de mí; aunque mi abuelo continuaba escupiendo furiosamente cada vez que me acercaba á él; aunque mi padre no me hablase sino para mandarme algo; aunque mi madre no me hubiera dado todavía un beso; aunque mis hermanos no hubiesen agotado el repertorio de sus jerguetas, no podía decidirme á seguir el consejo de Mattia, pues no le daba crédito cuando me afirmaba que no era hijo de master Driscoll. Yo podía dudar, y dudaba por desgracia; pero no me era permitido creer firmemente que era ó no era miembro de la familia Driscoll.

Trascurrió el tiempo lentamente, con demasiada lentitud; pero al fin sucedieron los días á los días, las semanas á las semanas, y llegó el momento en que mi familia debía salir de Londres para recorrer la Inglaterra.

Los dos carruajes habían sido repintados, y se cargaron con todas las mercancías que podían contener y que se venderían en el verano.

Parecía imposible que en aquellos dos vehículos se pudieran amontonar tantos objetos: tolas, tejidos de punto, gorras, pañoletas, medias, calczonillos, pañuelos para el bolsillo, chalecos, botones, hilo, algodón, estambre para bordar, lana para hacer calcetas, agujas, tijeras, navajas de afeitar, pendientes, anillos, jabones, pomadas, betun, polvos para curar enfermedades de los caballos y de los perros, esencias para quitar manchas, elixires para los dientes, drogas para hacer crecer el pelo y para teñir las canas.

Cuando estábamos en la cochera veíamos salir de la cueva los paquetes que habían llegado al patio del *Leon Rojo* sin venir directamente de los almacenes en que se venden de ordinario.

Quedaron llenos los carruajes y se compraron cuatro caballos. ¿Dónde y cómo? No lo sé; pero vimos que llegaban, y todo quedó dispuesto para nuestra marcha.

¿Qué sería de nosotros? ¿Nos quedaríamos en Londres con el abuelo, que no abandonaba el patio del *Leon Rojo*? ¿Seríamos mercaderes como Allen y Ned, ó acompañaríamos á la familia en los carruajes, continuando la misma profesion de músicos y ejecutando nuestro repertorio en los pueblos y en las ciudades que se hallasen en el camino?

Viendo mi padre que realizábamos buenas ganancias con el violín y con el arpa, decidió que iríamos con él, pero ejerciendo nuestra profesión de músicos. La víspera de la marcha nos manifestó su voluntad.

— Volvamos á Francia — me dijo Mattia — y aprovechemos la primera ocasión que se presenta para huir.

— ¿Por qué no hemos de hacer un viaje por Inglaterra?

— Porque tengo el presentimiento de que nos ha de sobrevenir alguna catástrofe.

— Pero tenemos probabilidad de encontrar á madame Milligan en Inglaterra.

— Yo creo que más fácilmente podrémos encontrarla en Francia.

— Intentémoslo aquí primero; despues veremos.

— ¿Sabes lo que mereces?

— No.

— Que te abandone y que me vuelva solo á Francia.

— Tienes razón, y te invito á que lo hagas; sé muy bien que no tengo derecho para retenerla á mi lado y no desconozco que eres demasiado bueno permaneciendo conmigo; véte, pues; busca á Lise, y dila....

— Si la viera la diría que eres un montecato al pensar que puedo separarme de tí cuando eres desgraciado; lo eres y mucho; ¿qué te he hecho yo para que pienses de ese modo? Dime lo que te he hecho: nada, ¿no es verdad? Está bien. Adelante.

Hémos de nuevo en marcha por las carreteras; pero esta vez no tengo libertad para ir donde quiera y hacer lo que me parezca; vamos agregados á la familia Driscoll. Sin embargo, abandono á Londres con cierto placer; ya no veré el patio del *Leon Rejo* y aquella trampa que, contra mi voluntad, atraía mis miradas de una manera irresistible. ¡Cuántas veces me desperté durante la noche sobresaltado, viendo en mi pesadilla un resplandor rojizo que entraba por la ventana del carruaje! Es una alucinación, pero no importa. He visto aquella luz una sola vez, y ya es bastante para que siempre la tenga delante de mis ojos como abrasadora llama.

Íbamos detras de los coches, y en lugar de las emanaciones fétidas de Bethnal-Green, respirábamos el aire purísimo del campo que cruzábamos y que acaso no tengán el *green* en su nombre, pero que tienen verdor para la vista y cánticos de las aves para los oídos.

El día mismo de nuestra marcha vi cómo se hacía la venta de aquellas mercancías que habían costado tan baratas; habíamos llegado á un pueblo importante, y los carruajes fueron cobrados en la plaza uno junto á otro; se bajó un costado, formado por varios tableros, y se presentó todo el género á la vista de los compradores.

— ¡Mirad los precios! ¡Mirad los precios! — gritaba mi padre. — En ninguna parte los encontraréis iguales; cómo no pago mis mercancías puedo venderlas muy baratas; no las vendo, las doy; ¡mirad los precios, mirad los precios!

Al decir á varias personas que miraron los precios y se marcharon:

— Esas mercancías han debido ser robadas.

— El mismo lo dice.

Si hubieran mirado hacía el sitio en que yo estaba hubieran visto por el rubor de mi rostro cuán fundadas eran sus sospechas.

Pero si la gente del pueblo no vió el carnal de mis mejillas, lo observó Mattia, y por la noche me habló de él, aunque, como siempre hacía, no se atrevió á abordar francamente la cuestión.

— ¿Puedes seguir sufriendo esta vergüenza? — me dijo.

— No me hables de ella si no quieres hacerme la más cruel.

— No es eso lo que me propongo. Quiera que volvamos á Francia. Siempre te he dicho que ha de ocurrirnos algun percance; ahora te lo repito y me parece que no está lejano. No se te ocultará que al día ménos pensado los agentes de policía tratarán de averiguar en qué consiste que master Driscoll vende sus mercancías á tan bajo precio; ¿qué sucederá entonces?

— Mattia, te suplico....

— Puesto que tú no quieres ver, es preciso que yo vea por tí; serémos todos detenidos, tú y yo, qué no hemos hecho nada, ¿cómo probarémos, cuando llegue ese caso, que somos inocentes? ¿Cómo nos defenderémos? ¿Es ó no es cierto que estamos comiendo el pan pagado con el dinero de estas mercancías?

Nunca se me había ocurrido semejante idea; al oír que Mattia la expresaba, me pareció que me daban un martillazo en la cabeza.

— Nosotros ganamos nuestro pan — repliqué, tratando de defenderme, no contra Mattia, sino contra aquella idea.

— Es verdad — continuó Mattia — pero tambien es cierto que estamos asociados á gentes que no ganan el suyo. Esto es lo que aparecerá despues de todo, y á esto habrá que atenerse. Serémos condenados lo mismo que ellos, y te confieso que si me casaría un gran dolor ser castigado como ladrón, más tristeza me produciría que tú lo fueses. Yo no soy más que un pobre miserable y nunca dejaré de serlo; pero cuando hayas encontrado á tu familia, á tu verdadera familia, ¡qué vergüenza para ella y para tí si has cumplido una condena por ladrón! Además, si nos llevan á la cárcel ya no podrémos buscar á tu familia y descubrir su paradero. Cuando estemos presos tampoco podrémos avisar á madame Milligan lo que M. James Milligan prepara contra Arturo. Huyamos, puesto que todavía es tiempo.

— Huye tú.

— Siempre me contestas la misma tontería; huirémos juntos ó serémos presos juntos, y cuando lo seamos, que no tardará en suceder, tuya será la responsabilidad de haberme llevado contigo, y ya verás si es pequeña. Comprendería tu obstinación si fueses útil á las personas á cuyo lado quieres permanecer; eso sería muy loable, pero tú no les haces mucha falta; ántes de conocerse vivían bien sin tí y luego vivirán de igual manera. Vámonos pronto.

— Déjame reflexionar algunos días y después veremos lo que conviene hacer.

— Date prisa. El negro huele la carne fresca y yo huelo el peligro.

Nunca me turbaron tan profundamente las palabras, las acciones y los ruegos de Mattia, y cuando las recordaba me decía que mi falta de resolución era propia de un cobarde y que necesitaba tomar un partido, decidiéndome, por último, á saber lo que quería.

Las circunstancias hicieron lo que yo no me atreví á hacer.

Habían pasado algunas semanas desde que salimos de Londres y habíamos llegado á una ciudad en cuyas cercanías debían verificarse unas carreras de caballos. Este espectáculo no es en Inglaterra, como en Francia, una simple diversión para las clases ricas, que van á ver cómo corren tres ó cuatro caballos y á apostar algunos lúscos; las carreras son una fiesta popular para la comarca, y no son los caballos el único elemento del espectáculo; á la llanura que sirve de hipódromo llegan á veces varias compañías de titiriteros y mercaderes ambulantes que establecen allí una especie de feria; nosotros nos apresuramos á tomar sitio, Mattia y yo como músicos y los Driscoll como mercaderes.

Pero en vez de ir al campo de las carreras se instaló mi padre en la ciudad, donde sin duda pensaba hacer más pingües negocios.

Como llegamos temprano y no teníamos que trabajar para presentar los géneros, nos fuimos Mattia y yo al campo de las carreras, que estaba situado á poca distancia de la población, en medio de un vasto terreno cubierto de matorrales. Había levantadas numerosas tiendas, y desde lejos se descubrían varias columnas de humo que marcaban el sitio y los límites del improvisado hipódromo. No tardamos en desembarcar en él por un camino practicado en la llanura, árida y desnuda generalmente, pero en la cual veíanse cobertizos de tablas que servían de tabernas y aun de fondas, barracas, tiendas de campaña, carruajes ó sencillamente vivaqués, á cuyo alrededor se apretaba una multitud abigarrada.

Al pasar por delante de una de aquellas hogueras, sobre la que estaba suspendido un perol enorme, reconocimos á nuestro amigo Bob, que se alegró mucho de vernos. Había ido á las carreras con dos compañeros suyos para dar representaciones de ejercicios gimnásticos y acrobáticos; pero los músicos que tenían ajustados no habían cumplido su palabra, de modo que las ganancias del día siguiente, en vez de ser cuantiosas, como esperaban, serian duestables. Si nosotros quisiéramos, podíamos prestarles un gran servicio; se trataba de reemplazar á los músicos, repartiéndose las ganancias entre los cinco y destinando también una cierta parte para Capi.

Por una mirada que me dirigió Mattia comprendí que le agradaría mucho que yo aceptase la proposición de Bob, y como éramos libres para hacer lo que quisiéramos, con la única condición de llevar una buena ganancia, acepté sin vacilaciones.

Quedó, pues, convenido que al día siguiente por la

mañana iríamos á ponernos á disposición de Bob y de sus dos amigos.

Pero cuando estuvimos en la población y di cuenta á mi padre de aquel proyecto, se presentó una dificultad.

— Mañana necesito á Capi — me dijo — así es que no podrá ir contigo.

Aquellas palabras me disgustaron mucho; ¿tratarían de utilizar á Capi en alguna infame tarea? Pero mi padre disipó en seguida mis temores.

— Capi tiene el oído muy fino — añadió — todo lo oye y es un excelente centinela; nos será sumamente útil para guardar los carruajes, pues en esta confusión podrían robarnos con mucha facilidad. Por consiguiente, iréis solos á tocar con Bob, y si vuestro trabajo se prolonga hasta la noche, lo que es posible, vendréis á reunirnos con nosotros en la posada de la *Gran Encina*, donde dormiremos, pues he pensado salir de aquí al amanecer.

La posada de la *Gran Encina*, en la que habíamos dormido la noche anterior, se hallaba á una legua de aquel sitio, en medio del campo, y estaba dirigida por un matrimonio cuyo aspecto no inspiraba confianza alguna. Era muy fácil encontrar aquella posada por la noche; el camino conducía á ella en derechura, y no tanta más inconveniente que ser un poco largo después de un día de trabajo incansante.

Pero esta observación tendría poca fuerza en el ánimo de mi padre, que no gustaba de que le contradijeran, y cuando hablaba era preciso obedecerle sin replicar.

Al siguiente día por la mañana, después de haber paseado á Capi y de darle de comer y de beber para estar seguro de que nada le faltaría, le até yo mismo al eje del coche que debía guardar, y me dirigí con Mattia al campo donde habían de verificarse las carreras.

En cuanto llegamos nos pusimos á tocar, y así continuamos sin tomar reposo hasta la noche; yo tenía las puntas de los dedos doloridas como si me las hubiera pinchado con millares de espinas, y Mattia sópló tanto en su cornetín de pistón, que no podía respirar. Sin embargo, era preciso seguir tocando; Bob y sus compañeros no se cansaban de hacer sus ejercicios, y nosotros no debíamos cansarnos mientras ellos siguieran trabajando. Cuando llegó la noche creí que descansaríamos; pero dejamos nuestra tienda para entrar en una gran taberna construida de tablas y donde volvieron á empezar los ejercicios y la música con más furor que ántes. Así continuamos hasta las doce de la noche, á cuya hora yo hacía algo de ruido en el arpa sin saber á punto fijo lo que tocaba, y creo que Mattia no estaba mejor enterado que yo. Veinte veces anunció Bob que era la última representación y otras tantas comenzó de nuevo.

(Se continuará.)

D. MANUEL VILAR Y ROCA

ESCULTOR ESPAÑOL.

(Conclusión.)

Pero el corazón de Vilar sentía otra necesidad. No había descuidado durante los dos años trascurridos

desde que llegó á Roma, el tratar asuntos cristianos.

Estos asuntos, señalados por los maestros para los certámenes mensuales ó trimestrales que en aquellas escuelas se celebraban, le obligaron á estudiar las obras de los pintores de la escuela mística que precedieron á Rafael; así fué que sus composiciones religiosas merecieron de los principales maestros de Roma un aplauso que le honró sobremedera.



MARINA.—Estatua de D. Manuel Vilar y Roca.

Una idea de estas composiciones pueden darla los dibujos con que ilustró la correspondencia con su hermano D. José. Por otra parte la ausencia de su patria había mantenido en su corazón el amor por ella, que es, buen conservador de los afectos que el alma voluble del hombre siente, la separación de los que

los merecen; así fué que en Noviembre de 1836 escribió á su hermano estas palabras: *Dame asuntos de la historia de España, en particular de Cataluña, porque las Bellas Artes son para inmortalizar los hechos patrios.*

Sus estudios iban siendo cada vez más dignos de

la pública alabanza, y tanto las copias de obras célebres, como los trabajos originales, atraían sobre el joven escultor la aureola de la gloria y la estimación de nacionales y extranjeros.

Los célebres escultores Thorvalsen y Tenerani llegaron á ser sus amigos y maestros, y una continuada serie de obras elevaron gradualmente su nombradía. El *Discobolo*, *Zenon*, el *Niño jugando con un queso*, *Jasón conquistando el vellocino de oro*, *Lutona pidiendo agua á los labradores de Licia*, y sobre todo, el grupo de *Nesa y Dejanira*, acabaron de completar su reputación, que muy pronto debió pasar al Nuevo Mundo.

Ciertamente pocos años trascurrian cuando, haciéndose desde Méjico ventajosas proposiciones para hallar buenos artistas que dirijiesen en aquella capital una escuela, obtuvo tambien nuestro escultor el primer lugar en públicos concursos, y salió de Roma el 23 de Setiembre de 1845, despidiéndose de aquella atmósfera artística para llevar su gloria á lejanos, y en verdad atrasados países. La Academia de Bellas artes de San Carlos, fundada en Méjico, recibió con aplausos á Vilar, y lejos de su patria, á la que tanto amaba, si bien no olvidaba el gusto y las escuelas de Europa, tratando diversos asuntos religiosos y ejecutando imágenes de santos con perfeccion increíble, trató tambien estudiosas estatuas, entre ellas los modelos para fundir en bronce la de Cristóbal Colon y de la estatua ecuestre de Iturbide, y las muy celebradas que damos á conocer á nuestros lectores, de Marina, india favorecedora é intérprete de Hernán Cortés; la de Moteczuma, último de los reyes aztecas. Otra estatua colosal de Chahuicote, héroe tlascalteca, mereció los plácemes de todos los artistas y de toda la prensa.

Pero el genio aprisionado sobre la tierra debe algun día romper las efímeras trabas que le subyugan y remontarse hácia su origen. Cuando Vilar terminaba con toda la fe de la religion y todo el conocimiento del arte una estatua serafínica del divino Salvador del Mundo, como si dedicando sus trabajos al Sér Supremo tuviese el instinto de que muy en breve debía descansar en las regiones celestiales, falleció despues de grave dolencia, en la madrugada del 25 de Noviembre de 1860, legando á su patria un nombre tan respetado como distinguido.

«Su amor al arte fué extremado, dice un biógrafo; pero no tuvo por el arte ese amor fanático que nada ve fuera de la materialidad y utilidad de la forma, que es lo que reduce el arte á oficio, sino ese amor grande y general á todos los modos de expresion de que el arte dispone, no habiéndose especializado por mezquindad de genio, sino por facilidad de talento. Fué entusiasta por la escuela de pintura alemana, porque en ella vió el desarrollo de un gran fondo de ideas; admiró y trazó monumentos arquitectónicos, porque consideró el edificio como la localidad para la cual había de hacer la estatua, ó la mansion en que la estatua debía glorificarse; amó la música y se dedicó al canto, porque vió en esta forma la expresion de aquel sentimiento que el alma necesita comunicar para su desahogo, pero con el suficiente misterio para conservarse puro; y si en la forma literaria no hizo

más que precisar conceptos, fué porque en su fantástica las imágenes debieron determinarse más bien que con la continuidad y correlacion de las dicciones, con la acentuacion del modelado; pero nadie le ganó en la manifestacion sincera de los afectos del alma. No hay más que leer la correspondencia de su familia; en ella se ve el alma del verdadero artista en el ejercicio de su arte y de los deberes sociales.

LAS CARABELAS.

Asombra la maravillosa aptitud para sufrir que poseian los navegantes de los siglos xv y xvi.

Cuando el alma dispone de una armadura de bronce se concibe que la arroje más ligera y en las aventuras. Lo que debe obtener, no obstante, el primer rasgo en nuestra admiracion, cuando estudiamos los principios y los desarrollos de la navegacion larga,



Carabela del siglo xv.

es el triunfo que el hombre, ántes de tropezar con dificultades reales, ha debido alcanzar sobre su inteligencia. Los ruines instrumentos que insultaban la furia de las olas realzan apénas la audacia de los antiguos descubridores. ¿Qué tenían que envidiar, respecto á las cualidades náuticas, los barcos de Colon ó de Magallanes, á los *pilot-boats* que el capitan Wilkes llevó en 1838 más allá del cabo Hornos? El menor ancon les ofrecia un abrigo; la mayor parte de los bancos no rozaban sus quillas, y un día de tormenta, ¿qué galeon hubiera hecho mejor figura que estos bajeles redondos, de mediano calibre, cortos de varenga y de popa cuadrada?

Ademas de las velas de mesana y de los cuchillos,

la carabela llevaba cuatro velas de oreja de liebre, llamadas también velas latinas.

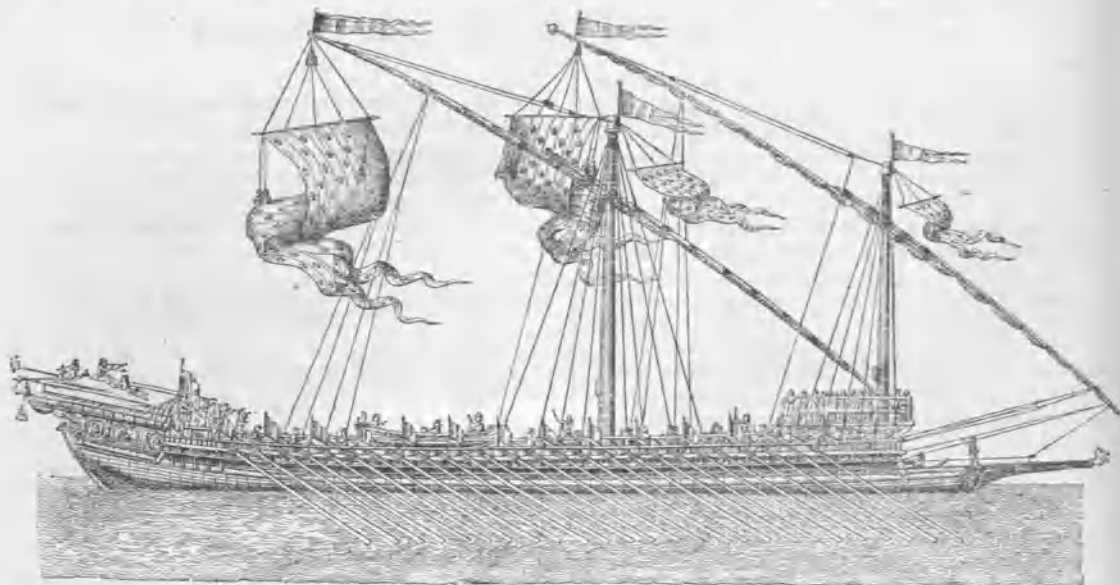
Se cita principalmente este género de barco por su facilidad para virar de bordo.

Los chevecks que tomaron los franceses en 1830 al dey de Argel, los que cruzan aún todos los días en las costas de Cataluña y Valencia, ménos altos de borda quizá, más encorvados en sus formas, pueden, no obstante, dar una idea de las carabelas. Estas son

carabelas de curso; las carabelas eran chevecks de carga.

Mientras la brisa soplabá moderadamente, guardaban sus grandes velas. Para el tiempo fuerte tenían en reserva un juego de velas enlatadas con el que una de las carabelas de Colon, *La Pinta*, dejó las Canarias.

El porte medio de la carabela variaba entre 120 y 130 toneladas. La tripulación se componía comu-



Galea del siglo XVI.

mente de unos cincuenta hombres, un capitán, un maestro, un contramaestre, un tonelero, un calafate, un carpintero, un artillero, un bombardero, dos trompetas, catorce marineros, cinco escuderos y veinte grametes.

Lo que hubiera sido temerario no era ir á descubrir nuevas tierras con semejantes barcos, sino con las carracas, gullazos y rambergos que construyeron más tarde los ingleses para anedrentar.

Con la carabela, la brújula y el astrolabio se podía dar la vuelta al mundo; lo difícil era emprenderlo.

En el presente número publicamos el grabado que representa fielmente una carabela, y publicamos al propio tiempo un dibujo de una galera del siglo XVI, de la época de Catalina de Médicis.

NUEVO EMPLEO

DE LOS CHORROS DE ARENA.

La arena lanzada por el vapor ó por el aire comprimido, con una fuerza suficiente contra una sustancia dura y resistente, puede usarse de la misma mane-

ra que el frotamiento de un pedazo de esmerlo sólido.

El empleo de la arena para afilar una lima y para aguzar todos los utensilios provistos de puntas, es completamente nuevo.

Un momento de reflexión bastará para demostrar que no hay realmente ninguna diferencia entre frotar un metal con arenas condensadas ó con la misma sustancia finamente pulverizada y sometida á la presión del aire ó del vapor.

Si se examinan con un lente los dientes de una lima tallada por el método ordinario, se percibe que el dentellón es muy grosero; con el chorro de arena los dientes son regulares y están perfectamente dispuestos en forma de cincel.

La manera de cambiar la forma de los dientes depende puramente de la dirección del chorro de arena contra la parte posterior de los mismos, bajo un ángulo de 10 á 15 grados.

Es natural que se pregunte por qué la arena inyectada ejerce, como es fácil ver, una acción efectiva; por qué no corta el diente uniformemente, con el resultado evidente de embotarlo en vez de afilarlo.

El efecto producido por la arena es proporcional á la resistencia que encuentra.

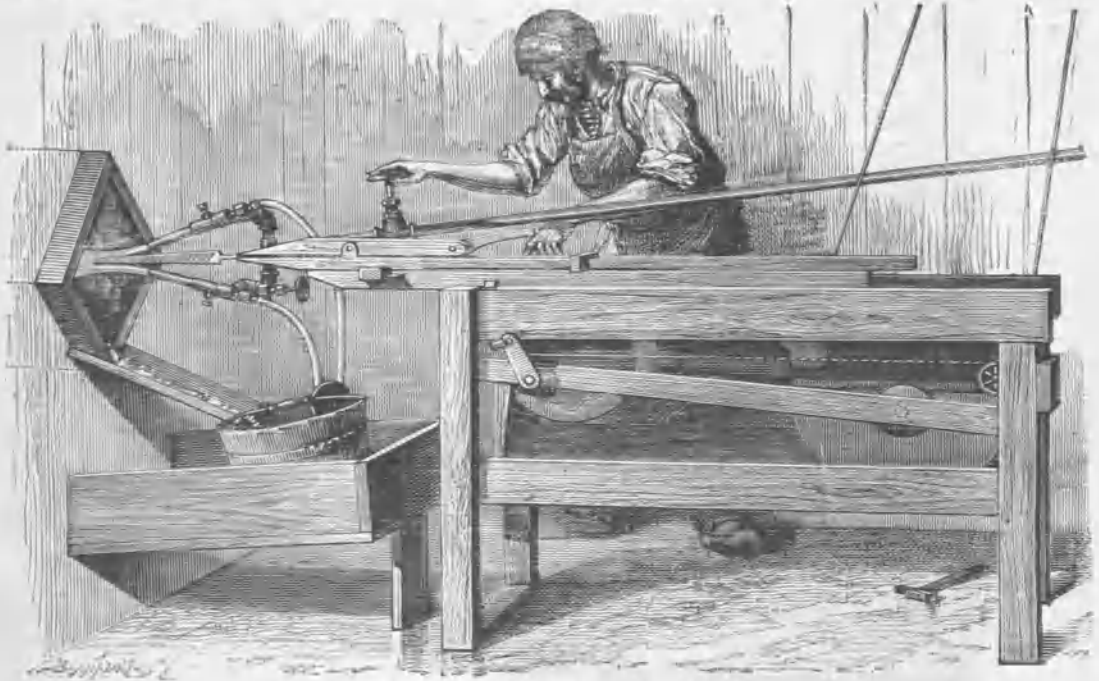
Una capa de cautchouc barnizada, un pedazo de papel rechazará un chorro de arena que desgastaría la piedra más dura, por la sola razón de que las moléculas rebotan después de haber tocado en la superficie elástica.

Ahora bien; un diente por su apariencia cuneiforme, puede considerarse como ofreciendo una resis-

tencia constantemente decreciente de la base á la punta.

La consecuencia es que, mientras que la arena ataca una superficie plana y entera, su fuerza disminuye por la flexibilidad y la elasticidad de la sustancia sobre la que actúa.

Resulta que el frotamiento socava una porción ma-



Entricación de limas por medio de chorros de arena.

yor de la base que de la cúspide, y que la punta se gasta más rápidamente que el conjunto del diente.

El aparato empleado para afilar por medio de la corriente de arena, puede verse en este número. Se tiene la lima con cuidado y se la empuja al mismo tiempo hácia adelante con un movimiento lateral de vaiven. La arena y el agua mezcladas son inyectadas sobre cada lado del utensilio por el vapor que sale de un tubo, después de haber sido arrastradas á los orificios del inyector.

EL ARADO.

El hermoso dibujo adjunto que representa la operación agrícola del arado, es obra del malogrado artista que demostró con su lápiz que no sólo sabía reproducir las escenas cómicas, sino que era también feliz intérprete de los bellos y solemnes cuadros de la Naturaleza.

Antes de que llegue la época de la sementera, el

labrador necesita preparar convenientemente la tierra, nivelarla todo lo posible para que las aguas no se lleven el grano, removerla, desmenuarla, mullirla, limpiarla de hierbas y malezas perjudiciales, quemar el rastrojo y abrir el surco donde ha de caer la semilla.

Desde el momento en que el labrador da principio á esta importante faena hasta que el grano entra en la troje, ¿qué de esperanzas, qué de temores, cuántas alegrías y cuántas tristezas agitan el espíritu del hombre de los campos.

CUATRO SEMANAS EN EL MAR GLACIAL DEL NORTE.

INFRACTUOSA EXPEDICION DE PABLO DE KRUSENSTERN, TENIENTE DE LA MARINA RUSA, PARA EXPLORAR EL MAR DE KARA.

El teniente Pablo de Krusenstern, hijo del capitán de marina del mismo nombre, fué educado en el cuerpo de marina de San Petersburgo y destinado á



la armada imperial. Ya cuando muchacho se distinguía entre muchos, tanto por sus buenas aptitudes y su valor que muchas veces rayaba en temeridad, como por su fuerza física y agilidad. Había heredado de su padre su predilección por la carrera naval, y después de haber concluido sus estudios en el cuerpo de marina, hizo varios viajes largos en los buques imperiales, teniendo ocasión de formarse en ellos para llegar á ser un marino hábil. Habiendo ascendido al

rango de teniente de la marina imperial, visitó diferentes veces, en compañía de su padre, las aguas del mar glacial del Norte en la embocadura del Petchozá, y por último, fué elegido, en el verano de 1862, como jefe de una expedición mayor, en la que mandaba dos buques, la goleta *Zermak* y el *Embrion*; esta expedición iba encargada de explorar el mar de Kara hasta la embocadura del Yening.

En Junio de 1862 partió Krusenstern de San Pe-



Fatho de Krusenstern.

tersburgo para ir á Arkangelsk y reunir allí una tripulación que fuera especialmente á propósito para el viaje al mar Glacial, y con buques preparados del mejor modo posible salió de Lujá así que el estado del hielo del mar se lo permitió; desgraciadamente el verano de 1862 fué del todo contrario á una empresa tal, por haber sido frío y lluvioso, y á esta circunstancia debe atribuirse la mayor parte del mal éxito de la expedición; pero los peligros y penalidades que tuvieron que sufrirlos valerosos compañeros de Krusenstern son

bastante interesantes para que demos cuenta de ellos á nuestros lectores, aunque de una manera sucinta. A continuación ponemos una carta de Krusenstern á su padre, escrita después de su llegada á Obdorsk, y que es un documento que sirve para dar noticias acerca de esta expedición desgraciada, pero hecha con tanto valor.

Obdorsk, 9 de Octubre.

¡ Hemos llegado á tierra!—Ningun hombre ha perecido; pero sólo con un trabajo indecible y con

gran peligro hemos podido salvar nuestra vida. La goleta, con todo lo que había en ella, se ha perdido. Me cuesta trabajo escribir estas líneas, pero hay que someterse á lo que es inevitable. La primavera y todo el verano han sido extraordinariamente frios, por lo que en realidad no hubiera debido emprenderse nada este año en las aguas polares, pero permanecer un año entero ocioso en Lujá me parecía inexcusable, y por lo tanto salí de Lujá con dos buques el día 1.º de Agosto para no hacerme culpado de ninguna dilación. Cerca de Warandá, donde expedí el último correo, encontramos ya masas inmensas de hielo flotante, que hacían sumamente difícil que el buque pudiera seguir más allá. El 12 de Agosto logré alcanzar con tiempo tranquilo la altura de la isla de Nijni Yermak; su posición, según las medidas exactas que yo tomé, ha sido bien determinada por Rennenkampff en las cartas geográficas.

Con viento favorable llegamos, finalmente, al extremo septentrional de la isla Dolgói; las masas de hielo flotante eran cada vez mayores, y no sin un trabajo rudo y un gran peligro incluábase para salir de la terrible confusión que había en derredor del buque y que le hacía sufrir grandes choques. Á veces pasaban por el Océano campos de hielo de más de una milla de anchura, á tanta distancia como podía descubrirlos con un buen antejo desde el extremo del mastil. Cuando después de inútiles penalidades habíamos atravesado un cinturón tal de hielo, en su mayor parte reciente, y no demasiado fuerte, nos volvíamos á hallar por espacio de algunas horas en el mar libre, y con un viento bastante favorable podíamos continuar nuestro rumbo sin obstáculo, hasta que un nuevo campo de hielo á un nuevo hielo flotante nos venía á poner nuevas dificultades.

En la isla Dolgói tuvimos que echar anclas por razón de la oscuridad, y nos vimos obligados á pasar allí cuatro horas enteras. Al rayar el día salimos de nuevo al mar y navegamos con un viento muy fuerte de Sudeste al rededor de la isla Matweef, cuya posición determiné yo exactamente. Toda la isla estaba rodeada de grandes masas de hielo sobre las que se veían innumerables vacas marinas. Pasamos á distancia de una milla por delante de la isla, pero súbitamente nos vimos cercados de tal modo por las grandes masas de hielo flotante, que fué necesario que dejáramos libre al *Embrión* que llevábamos á remolque. Nosotros, sin embargo, continuamos trabajando con buen éxito para pasar por entre los hielos; pero el *Embrión* quedó detenido en el hielo, y sólo al valor, á la atrevida decisión y la infatigable actividad de la tripulación, es á lo que se debe que pudiera volver á salir á agua navegable.

El 13 de Agosto avistamos el estrecho de Ingore; parecía cubierto de hielo completamente sólido, pero cuando nos acercamos advertimos que había libre una especie de canal que en algunos puntos tenía más de una milla de anchura. Yo penetré en este estrecho yendo á todas velas, llevando á remolque al *Embrión*, y á eso de las cinco de la tarde el mar de Kara se presentó á nuestra vista. Grandes campos de hielo se extendían desde Waigatz hasta la tierra firme y nos pre-

sentaba un aspecto siniestro para poder avanzar más allá. A las seis y media anclamos bajo el Waigatz, donde debíamos pasar una noche horrorosa. ¿Quién trataría de dar por medio de débiles palabras una descripción, ni aun siquiera aproximada, de los horrores de esta noche? ¿Quién podría describir el combate de los elementos con el coloso del hielo, combate que aun al hombre más valiente le infunde, si no temor, por lo ménos una admiración respetuosa y que sirve para hacerle sentir más que nunca la idea desconsoladora de la miseria de la fuerza humana con respecto á tales poderes de la Naturaleza?

(Se continuará).

EL ARPA.

POESÍA SUÉCA.

Gusmar vuelve una noche oscura y fría á su cabaña solitaria. Hay que cocer pan para sus hijos, y en su casa no tiene harina ni trigo.

Dos niños con el rostro pálido corren hacia él.

—; Padre, tenemos hambre, danos de comer, aunque no sea más que un poquito de pan!

; No tengo nada! ; que Dios tenga compasión de nosotros!

—; Cuando se llevaron á nuestra madre para enterrarla, cerca de la iglesia nos diste pan empapado en tus lágrimas! Padre, ¿era aquél el último pan?

— Hijos míos, no tengo hoy nada que daros. Dios se compadecerá de nosotros; esperemos todo de su bondad. Tened paciencia como yo, y quizás mañana tengáis que comer.

Descolgo de la pared húmeda su arpa, y los niños no se quejaron más.

Los sonidos del arpa mitigan su dolor, y la alegría brilla en su rostro.

El padre vuelve la cara para ocultar sus lágrimas y su inmenso dolor. Toca una melodía alegre, y los niños bailan toda la noche hasta que el cansancio les rinde.

Acercándose al lecho de paja donde los pobrecitos duermen, el padre exclama: ; Dios mío, tú que eres el alma de los que sufren, pon término á sus males!

La plegaria fué oída; la muerte vino, y los niños no volvieron á despertar.

GRAFSTRÖM.

A NARCISO Y MARÍA.

Venid, niños, á mí; los que plantamos
Palmas que sombreando nuestra huera
Sus príncipes darán; los que el desierto
Cruzamos en la noche de tormenta
En busca de la tierra prometida,
Que, ni aun muriendo, desde la alta cresta
De la montaña sacra, ver podremos,
Amamos ; ay! á la niñez que espera.

Ella, más venturosa que nosotros
Será quizá, quizá, la Providencia
Acepte nuestro largo sacrificio
Y el bien la de que á nuestras culpas niega.

El alma que rompiendo sus prisiones
Arrojó su corona de azucenas
Y desgarró su túnica de virgen
En la gran bacanal de las ideas,

VENTAJAS DE LOS QUE SALEN Á VERANEAR.



Polvo á espuestas, sol á mares,
De cuando en cuando algun tumbo,
Comodidades..... en sueños,
Y el sueño (¡qué ganga!) nulo.

Pero en las fondas es donde
Lleva el prójimo el gran susto,
Por un par de pollos tísicos
Hay quien suelta cuatro duros.

Tambien se anima y goza respirando
El celestial perfume de inocencia,
Que del cerrado cáliz desprendido,
¡Oh, flores matinales! os rodea.
Venid, niños, á mi, como el que vuelve
Á su paterno hogar, tras larga ausencia
Olvidada la lengua de su patria,
Tengo olvidada nuestra dulce lengua.

Quando la escucho, su armonioso trino,
Como el del ruiseñor, en la serena
Noche de estío, como el eco vago
De celestial concierto, me deleita.
Pero nada comprendo, y tristemente
Sigo pasando mi cansada senda,
Si con fugaz sonrisa entre los labios
Con la mejilla en lágrimas cubierta.

Tampoco de mis negros pensamientos,
 Torvos ancianos que á asombraros llegan
 En medio de los juegos bulliciosos,
 La lengua comprendéis áspera y seca.
 Pero pronto en el mundo vuestras ondas,
 Dulces arroyos correrán, reyueñas
 Con las ondas amargas, y aquel día
 Comprenderéis la voz de mi tristeza.
 Por eso os hablo; del marino anciano
 (Que ya la edad por años no se cuenta)
 La lección escuchad, y del romero
 Sacad la miel que en su amargura encierra.
 Mucho, Narciso, á la fortuna debes;
 Mas son los bienes mundanales deudas
 Cuyo rédito el cielo nos reclama;
 Cuida, por tanto, que en tus manos crezcan.
 Tu nombre tus mayores ilustraron,
 Pero el famoso Rhin, cuando se muera
 En fétidos pantanos, ¿es más noble
 Porque de cauces anchurosos venga?
 Imita á tus mayores si sus glorias
 Pretendes compartir, que si por meña
 No tomas sus acciones generosas,
 Si al estéril deleite te condenas,
 Si en la viciosa oscuridad tu vida
 Consumes sin valor, carga funesta,
 Tu nombre, escrito un día en tu sepulcro,
 Será padron infamé de vergüenza.
 Que en tus manos la antorcha no se extinga,
 Que tu alma noble cual tu nombre sea,
 Y que muestre tu vuelo, no tu nido,
 Que te ha engendrado el águila altanera.

Bajo el cedro del Líbano naciste,
 Sigue del cristianismo la bandera,
 Que doblará tu gozo en la alegría,
 Que secará tu llanto en la tristeza.
 Léjos de ti la duda envenenada;
 Su cruel mordedura no se cierra;
 La fe, cual la pureza de la virgen,
 Si se pierde una vez no se renueva;
 Y la fe es el poder, la luz, la vida,
 El amor, la esperanza, y es sin ella
 Este mundo un infierno anticipado,
 Y la tumba un abismo que amedrenta.
 Mas no sigas al ciego fariseo,
 Que á ceremonias vanas se sujeta,
 Atendiendo á la letra, no al sentido,
 Y á muerte al Cristo sin piedad condena.

Si el padre pena al que el talento pierde,
 Pena también al que el talento entierra;
 Y amando la piedad samaritana,
 Huye la intolerancia farisea.
 Cristo es la caridad; ama, y tu alma,
 Ante sus piés postrada Magdalena,
 « Por lo mucho que amaste te perdono ».
 Le oigas decir cuando te llame á cuenta:
 Cristo es la caridad; no el fuego invoques
 Contra el hogar que la impiedad alberga;
 ¡Ay del que maldijere á sus hermanos,
 Porque son ciegos y al abismo ruedan!
 En cuna de marfil duermes tu infancia;

Mientras en tu palacio, envuelto en sedas,
 Pisas el oro y los diamantes pisas,
 ¡Cuántos hambrientos en su choza estrecha
 Lloran sobre sus hijos que agonizan
 Yertos, desnudos, en la helada tierra,
 Y para que con ella se alimenten
 No hallan ni sangre en sus heladas venas!
 Sólo es digno de envidia el poderoso,
 Porque puede hacer bien, y ¡ay, si violenta
 La hambre del pobre se levanta un día
 Y en la avaricia estúpida se ceba!

Pende en tu cinto el heredado acero,
 Si audaz conquistador tu patria huella;
 Si un tirano oprímiese á tus hermanos,
 Desnudo brille en tu valiente diestra;
 La patria es nuestra madre, y es infame
 El que la ve oprímida y no la vengó;
 Quien preste auxilio al opresor injusto,
 Hasta la eternidad *multito* sea.
 Á nadie como á ti la ciencia brinda
 Fácil del tabernáculo la senda.
 No muera tu alma estéril, como muero
 De su amor apartada la palmera.
 Que los que á nado llegan á la playa
 No se burlen al ver que tú no llegas
 Con viento en popa en la velera nave,
 Con cielo despejado y mar serena.
 Mas no por alcanzar vanas coronas
 La fe nativa y su ventura pierdas,
 Ni al pobre quites su único consuelo,
 Su tesoro sagrado, su creencia.
 En la vecina Francia á ese tesoro,
 Con sacrilega mano, la nobleza
 Osó, y el cielo se cubrió de nubes,
 Y un lago fué de sangre Francia entera.

En fin, nunca la mofa sin entrañas,
 Ni la mentira vil manchen tu lengua,
 Ni el amigo en el riesgo te eche ménos,
 Ni te acuse burlada la doncella;
 Y siguiendo los pasos de tu padre,
 Sólo temiendo á Dios y á tu conciencia,
 Cuando en el lecho eterno te reclines,
 Cual labrador que acaba su tarea,
 Conócante tus padres y tus hijos,
 En ti un espejo sin mancha tengan;
 Y donde no hay señores ni pecheros,
 Tu nombre ensalce la justicia eterna.

Y tú, blanca paloma, que aun las alas
 No mueves en el nido de azucenas,
 Perla aun oculta en nacarada concha,
 Ángel que nuestro mundo apenas huella,
 ¿Qué ignota melodía, qué perfume
 De nevado jazmín ó azul violeta,
 Podré ofrecerte, que del patrio cielo
 Te haga olvidar las verdes arboladas?
 De luz y aroma la mujer formada,
 Nace para el amor; líquida perla
 De rocío en el cáliz de la rosa
 Evapórala el sol y á Dios se eleva.

Ella es el ángel cuyas blancas alas
 Á nuestra blanda cuna sombra prestan;
 Es el lucero que en la mar nos guía,
 Es nuestro asilo en la fortuna adversa;
 Es la que el sacro amor, la dulce vida
 Del eden que perdimos nos revela;
 Es la que nos revive en nuestros hijos,
 Burlando el fallo de la muerta hija,
 Mas ¡ay! no olvide su celeste origen,
 Y cortada del tallo, abierta apenas,
 Caiga mísera flor en el torrente
 Y entre espumas, al mar ruede revuelta.

María, sigue la virtud sencilla;
 No hay perfume que iguale á la inocencia;
 De la virtud el vaso es el más dulce,
 Y el sólo que heces de amargor no deja.
 Sé buena siempre, y si se ceba un día
 La desventura en tí, tu pura esencia
 Bajo su pié se exhale más copiosa,
 Y álcese blanda á la morada eterna.
 ¡Oh niños! cuando os miro tan alegres
 Bajar corriendo á la tostada arena
 Del circo de la lucha, dentro el pecho
 No sé qué siento que se agita y tiembla.
 ¡Dios os haga dichosos, y si un día
 Cuando en la tumba mi ceniza duerma,
 Fijáis en estas líneas vuestros ojos,
 Concededme una lágrima siquiera!

CÁRLOS RUBIO.

LA AGUADORA.

Caballeros, la aguadora,
 ¿Quién la quiere?
 Agua fresca del Lozoya
 ¿Quién la bebe?

Señorito, con permiso
 De ese sol que lleva al lado,
 Está V. muy sofocado,
 Voy á darle de beber;
 Y cuidado si es bonita,
 ¡Dios bendiga á esa morena!
 Señorito, fresca y buena
 Qué la acabo de coger.

Caballeros, la aguadora,
 ¿Quién la quiere?
 Agua fresca del Lozoya
 ¿Quién la bebe?

Vaya un trago, parroquiana;
 Venga *usté*, cara de cielo,
 Suelte el brazo de su abuelo
 Y eche un vaso con panal.
 ¿Dice *usté* que es su marido?
 Pues me alegro; que la pruebe,
 Debe estar como la nieve,
 Porque empaña hasta el cristal.

Caballeros, la aguadora,
 ¿Quién la quiere?

Agua fresca del Lozoya
 ¿Quién la bebe?

Mi toniente, borachata lisa,
 ¿Quiere usted en vaso ó copa?
 Mi marido fué de tropa,
 Y me tira la afición.
 ¿Va *usté* á casa de esa niña?
 Pues no corra tan ligero;
 Pecho al agua, lo primero,
 Y cartucho en el cañon.

Caballeros, la aguadora,
 ¿Quién la quiere?
 Agua fresca del Lozoya
 ¿Quién la bebe?

Clara y limpia, señorita;
 ¿Qué delicia de pimplollo!
 ¡Ay Jesús, y cuanto pollo!
 Va de escolta tras de usted!
 Qué bandada de moscones,
 Agua va, fuera, que mancho,
 El pilon está muy ancho,
 A beber si tienen sed.

Caballeros, la aguadora,
 ¿Quién la quiere?
 Agua fresca del Lozoya
 ¿Quién la bebe?

RAFAEL GARCÍA Y SANTISTEBAN.

GACELA MOHR DEL SENEGAL.

Las gacelas pueden contarse entre los animales más encantadores de la Creación. Su fina cabeza está coronada de orejas móviles, que se enderezan al menor ruido, y de cuernos elegantes, generalmente anillados en su base, y dispuestos en forma de lira; su cara está animada por ojos hendididos en forma de almendra y de una dulzura extrema, y su cuerpo, de corte tan gracioso, se apoya en patas nerviosas, admirablemente conformadas para la carrera. En su lomo nada de colores chillones, sino un color leonado ó ja-bela, á menudo atravesado por bandas blancas ó grises del efecto más agradable. Así es que aun en nuestros jardines públicos, las gacelas excitan la admiración del público. ¿Qué sería si se las pudiera ver en libertad en las estepas y los desiertos de Asia y del África central, tan pronto pastando felices y confiadas en medio de la espesura, tan pronto amedrentadas, precipitándose como un huracán y franquendo sin esforzarse los matorrales y rocas que se encuentran á su paso? Aquellos de nuestros lectores que hayan estado en Argelia ó cualquier otra posesión africana, han podido sin duda ser testigos de este espectáculo; en el sur de esta region, hasta Sahara de Orán, no es raro, en efecto, encontrar multitud de estas gacelas, que Buffon describió el primero y representó en su *Historia Natural*, y que han sido llamadas más tarde *Capradorcas* por Linneo y *Antilopedorcas* por Pallas. Más pequeña que la cabra, la

gacela dorcas tiene las patas relativamente más largas, y por consiguiente el cuello más desarrollado. Su cabeza, adelgazada hacia adelante, se termina por un hocico redondeado y presenta por debajo de los ojos dos fositas lagrimales de granor mediano, pero sin embargo bien distintas. Los ojos en sí mismos son grandes y vivos, y las orejas igualan en longitud los tres cuartos de la cabeza. Los cuernos, que existen en la hembra como en el macho, son en este último un poco más fuertes, y están adornados de anillos ó de círculos graduados más marcados; se terminan en punta aguda y se encorvan hacia adentro y adelante. Aunque formada por pelos rojos, la piel de la gacela dorcas es muy elegante; es de un color leonado claro en su mayor parte, color de arena; pero el pecho y el vientre son de un color blanco y puro, y en los flancos, en cada lado, corre una banda bien definida, de un color moreno rojizo, y una banda clara de reflejos argentados; la cabeza, de un tono menos vivo que el resto del cuerpo, está ornada por muchas estrías, unas claras, otras oscuras, siendo de color rojo pálido en medio de la cara; los ojos, rodeados de una zona clara y una raya morena, descienden de la órbita hacia el labio superior, que es blanco, lo mismo que el labio inferior. En fin, la cola, larga y delgada, es de un color negruzco.

Se ha atribuido á menudo á esta especie una extensión geográfica demasiado considerable, porque se han confundido con la gacela dorcas propiamente dicha, ciertas formas que merecen ser distinguidas específicamente, como la gacela isabela (*G. Isabella*), del Kordofan y el Sennar; la gacela corina (*G. Rufifrons*), del Senegal; la gacela de cuvier ó keval gris (*G. Cuvieri*), del Marro y de la Argelia, etc. La confusión era tanto más fácil, pues todas estas especies presentan los mismos colores fundamentales y difieren sólo por la disposición de las estrías oscuras y de las manchas de la piel, por la forma de los cuernos y las proporciones del cuerpo. Las costumbres y el género de vida no varían sensiblemente de una especie á otra; así es que lo que digamos de la gacela dorcas puede aplicarse á todas las gacelas del África septentrional y tropical.

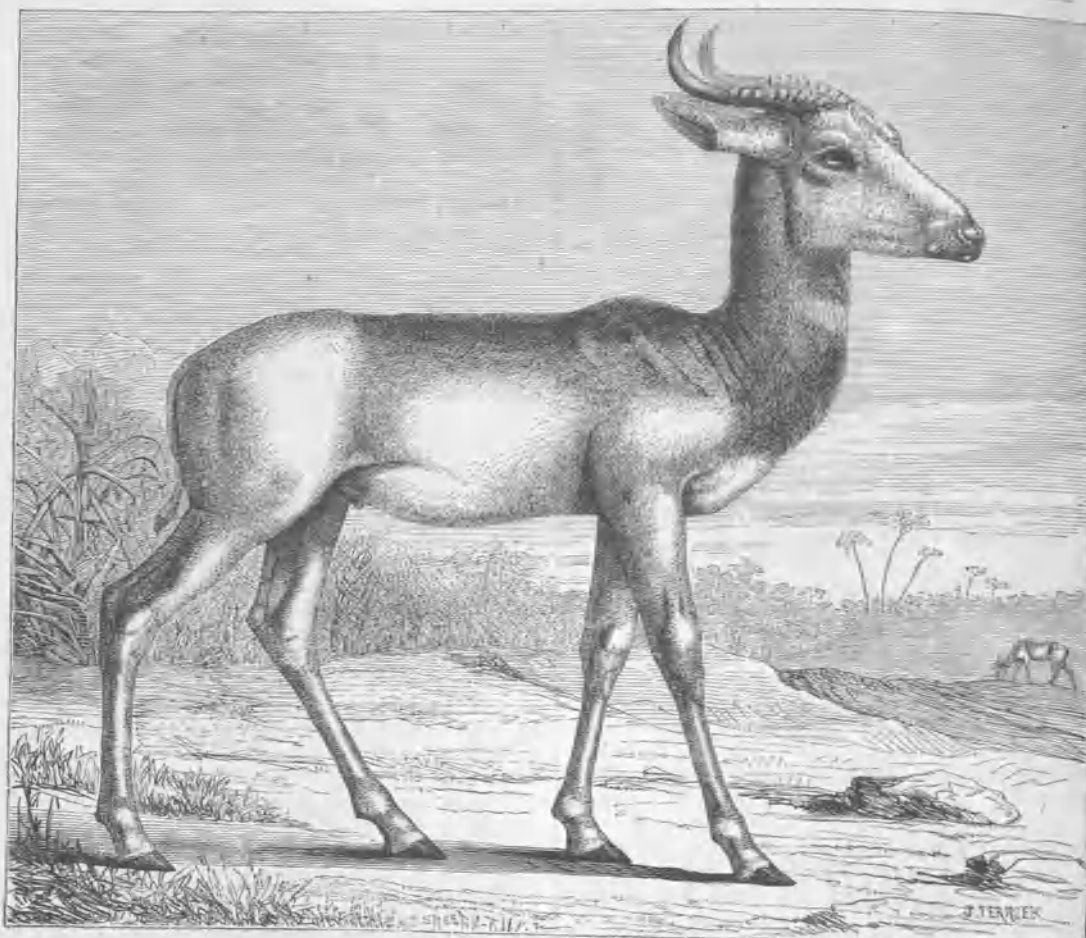
Las gacelas no están casi nunca al borde de los ríos ni en las altas mesetas; prefieren los sitios arenosos en que las colinas alternan con las cañadas y en donde brotan numerosos matorrales de mimosas. En los desiertos de la Arabia Petrea y en las estepas de Kordofan se encuentran á veces manadas de cuarenta á cincuenta cabezas, efectuando emigraciones; pero de ordinario no se perciben sino pequeñas familias, compuestas de un macho, una hembra y un pequeño, ó bandos de ocho ó diez machos que han sido arrojados por rivales más fuertes. Durante el gran calor, hacia mediadía, las gacelas ruman tranquilamente á la sombra; pero en otros momentos del día están continuamente en movimiento. Gracias al color amarillento de su pelo, se confunden fácilmente con el suelo, y la mirada de un europeo, menos perspicaz que la de un árabe, no la distingue apenas á más de un kilómetro de distancia. De ordinario, mientras que las otras pastan, una se pone de cen-

tinal en la dirección del aire, y cuando da la voz de alarido, toda la manada escapa con la velocidad del viento. Las gacelas, naturalmente tan asustadizas, pueden mostrar mucho valor en ciertas circunstancias, y los machos en particular sostienen luchas ardientes en honor de sus compañeras. Es de notar también que en todas las regiones en que estos encantadores animales no son hostigados, se muestran mucho más confiados, y muchos viajeros han podido aproximarse á unos cien pasos de manadas de gacelas que no se habían asustado por el ruido de las armas de fuego.

Cuando después de haber triunfado de sus rivales un macho puede obtener una compañera, permanece largo tiempo unido á ella, y desde fines de Marzo se ocupan ambos de la educación del pequeño. Este, algunos meses después de su nacimiento, está expuesto á grandes peligros, y á pesar de la solicitud de sus padres, es á menudo presa de los chacaleros. Los lobos, los zorros, los tigres y los leones no son siempre los enemigos más temidos de las gacelas; en todos tiempos estos animales inofensivos han sido cazados con pasión por los habitantes de Argelia, de la Arabia y de la Persia. Los europeos matan las gacelas con tiros de fusil, escondiéndose detrás de un arbusto; pero los árabes prefieren cazarlos á la carrera. Montados en caballos, rápidos como el viento, se lanzan en persecución de una manada; pero á pesar de toda la velocidad de sus corceles, no triunfan sino con grandes dificultades, y á menudo con la ayuda de muchas paradas. Una vez llegados al alcance de las gacelas, tiran á estos pobres animales palos que les rompen las piernas. Á este método brutal, los nobles persas y los jefes beduinos sustituyen la caza con halcon, infinitamente más variada y más fecunda en peripecias. El halcon, apenas se ve libre, se eleva en los aires, se cierra un instante, se precipita sobre su presa y la hunde sus garras en los ojos ó en la garganta. Variamente la enloquecida gacela procura desembarazarse de la cruel ave; ésta la sujeta, la atonta á picotazos, y da tiempo al cazador para llegar y apoderarse de la caza. Un pedazo de la víctima recompensa al halcon sus servicios. Generalmente en esta caza, que ha sido maravillosamente reproducida por el pincel de Fromentin, los árabes son acompañados por esos grandes halcones, y que rivalizan en velocidad y en elegancia con las gacelas del desierto.

En todas las especies que pertenecen al pequeño grupo, del cual puede considerarse como tipo la gacela dorcas, el pelaje es amarillo, y en la rabadilla no tienen sino una mancha blanca bastante limitada; en otras especies, al contrario, esta mancha blanca avanza en punta é invade el color amarillento de las arias.

Á esta segunda división es á la que pertenecía una gacela del Senegal que ha vivido durante un año en la casa de fieras del Museo de París, y que por el conjunto de sus caracteres se asemejaba á la forma descrita por Mr. Bennett bajo el nombre del antelope mohr.



GACELA MOHR DEL SENEGAL.

JEROGLÍFICO.



La solución en el número próximo.

SUMARIO.

GRABADOS.—Marina, estatua por D. Manuel Vilar y Roca.—Catedral del siglo XV.—Galería del siglo XVI.—Fabricación de liras por medio de chorros de arena.—El arado.—Paño de Krenstern.—Ventajas de los que adoran á venus.—Gacela Mohr del Senegal.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.—Jeroglífico.

TEXTO.—Keraban el Testarudo, por Julio Verne.—El secreto del oro, Luis Bousseard.—Su familia, Hector Melot.—Don Manuel Vilar y Roca.—Las carabelas.—Nuevo empleo de los chorros de arena.—El arado.—Cuatro semanas en el mar glacial del Norte.—El arpa, por Grafstrom.—Á Ivarhú y Marina, por Carlos Ruffo.—La agudora, por R. Garcia Santistobán.—Gacela Mohr del Senegal.

MADRID, 1884.—Est. Tip. de los Sucesores de Rivadencym.
IMPRESORES DE LA REAL CASA.